



Selección

ADAM SURRAY

INFIERNO, S. A.



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

ADAM SURRAY

INFIERNO, S. A.

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 327
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.013 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

John McEveely se sobresaltó al oír el llamador.

Instintivamente, dirigió una mirada al reloj de pulsera

No eran horas de visita.

Y tampoco estaba de humor para recibir a nadie. Acababa de llegar al apartamento. Después de una afiliada e importante reunión con los miembros del Comité Cívico.

No.

No estaba de humor para visitas.

Sin embargo, al reiterarse la llamada, encaminó sus pasos hacia el living del apartamento.

Entreabrió la puerta.

Sin quitar la gruesa cadena de seguridad.

—¿Qué quiere?

Un individuo de gris uniforme forzó una sonrisa.

—¿Señor McEveely? ¿John McEveely?

—Sí, yo soy.

—Disculpe, señor. De la agencia de repartos «Centaur». Servicio urgente. ¿Quiere firmar aquí, por favor?

McEveely entornó los ojos.

Fijos en el rectangular envoltorio.

—¿Qué es esto?

—Lo ignoro, señor. Fue depositado hace unas horas en la agencia, indicando entrega inmediata

John McEveely, tras unos Instantes de indecisión, terminó por abrir la puerta y firmar el resguardo.

Recogió el paquete.

Rebuscó en los bolsillos del pantalón hasta dar con una moneda de medio dólar, que el individuo de gris uniforme guardó con nulo entusiasmo.

—Buenas noches, señor.

—Adiós.

McEveely cerró la puerta ajustando nuevamente la cadena de seguridad.

Retornó al salón.

Examinando el paquete.

No llevaba remite, aunque si era correcta la dirección impresa.

«John McEveely. 2.067 de Chuck Street. Apartamento 12-C».

Se acomodó en el sofá depositando el envoltorio sobre la mesa cercana. Procedió a quitar la cuerda y el papel de embalar.

Una caja rectangular.

De color negro

Levantó la tapa.

Una mueca de estupor se reflejó en el rostro de John McEveely.

Parpadeó.

Repetidamente.

Durante unos segundos permaneció inmóvil. Con la boca entreabierta. Sin atreverse a tocar aquello.

Lentamente tendió las manos hacia la bolsa de plástico. El contenido era visible.

Una muñeca.

Cuidadosamente plegada.

Una muñeca hinchable.

Una muñeca de sex shop.

John McEveely frisaba en los cincuenta y cinco años de edad. Viudo desde los treinta y ocho. Abogado. Ejecutivo de la Rolans Metals. Presidente del Comité Cívico de San Francisco.

Un hombre de mundo.

Pero aquello era nuevo para él.

Por supuesto que conocía la existencia de las muñecas hinchables, pero jamás había visto una.

Quitó el precinto de plástico.

AI extender la muñeca, cayeron dos prendas.

McEveely las recogió.

Sin poder evitarlo se estremeció al contacto de aquellas dos piezas de fino encaje negro. Caladas. Muy pequeñas.

Un sujetador y un slip para la muñeca.

John McEveely se incorporó.

Irritado.

Atrojó la muñeca sobre el sofá.

No había duda. Aquello era una broma de alguno de los miembros del Comité Cívico. De seguro fue Donald. Pronto telefonearía para saborear su jugada Muy ocurrente.

Una muñeca de sex shop para el presidente del Comité Cívico. Para el incansable luchador contra el vicio y la corrupción reinante en San Francisco.

Sí.

Tenía gracia

John McEveely se sirvió un whisky del mueble-bar.

Instintivamente fijó su mirada en el sofá.

La muñeca yacía grotescamente. Con su larga cabellera negra rozando la alfombra.

McEveely se percató del botón situado en la espalda

Su curiosidad le hizo avanzar para presionar aquel botón

Un súbito silbar obligó a retroceder a John McEveely. Con asombrosos ojos contempló la transformación.

La muñeca se fue hinchando.

Automáticamente.

Para McEveely era espeluznante ver cómo aquellos fláccidos miembros

tomaban forma y tirantez. Los brazos, piernas, cabeza

El resultado final hizo bizquear a McEveely

Sobre el sofá del salón reposaba la más perfecta de las criaturas.

Un rostro ovalado, encuadrado por aquellos sedosos cabellos negros. Ojos color ágata.

Con largas pestañas. Boca entreabierta. De labios gordezuelos y muy rojos. Los senos túrgidos Erectos. Rematados en rosado botón que se erguía provocador. El vientre liso. Caderas de largos muslos...

—Condenación. .

La voz de McEveely sonó ronca.

Desfigurada.

Tendió su diestra.

Casi con miedo.

Acarició los sedosos cabellos. La mano tembló al deslizarse por el rostro de la muñeca

Era perfecta.

Diabólicamente perfecta...

Era como acariciar la fina y cálida piel de una muchacha.

John McEveely tragó saliva.

Con la frente cubierta de sudor.

Sus manos también húmedas

Acentuaron su temblor al tocar tímidamente los erguidos senos de la muñeca.

Tomó el sujetador.

El contacto de aquella fina prenda volvió a estremecer a McEveely. Con torpes movimientos lo ajustó a la muñeca.

Ahora el sudor ya bañaba su rostro.

Introdujo el slip por los tobillos de la muñeca. La diminuta y suave prenda se enroscó a mitad del muslo.

Fue aquel contratiempo el que hizo reaccionar a McEveely.

Profirió una soez maldición

Indigna de todo un presidente del Comité Cívico.

Al igual que vergonzoso era su comportamiento con aquella maldita muñeca hinchable.

Lo reconoció

John McEveely abandonó el salón a grandes zancadas. Sin volver la mirada. Abrió una de las puertas del corredor, accionando el interruptor.

La estancia se iluminó.

Un dormitorio magníficamente amueblado. La ancha cama ocupaba la pared lateral derecho. Junto con dos mesas de noche acopladas a la tabla del cabezal. El armario de doble hoja a continuación del ventanal.

McEveely pasó al contiguo cuarto de baño.

Una ducha fría.

Larga.

Retornó cubierto con una bata anudada a la cintura. De la mesa de noche atrapó una cajetilla de «Winston». El emboquillado lo aplastó después de dos nerviosas succiones.

Se despojó de la bata tumbándose en el lecho y apagando la luz de la habitación.

Fue entonces, por la entreabierta puerta del dormitorio, cuando se percató de que había quedado iluminado el salón

La oscuridad en la estancia quedaba rota por aquella franja de luz procedente del salón.

John McEveely inspiró con fuerza.

No.

No se levantaría.

De acudir a apagar la luz del salón, de seguro caería en la tentación de aquella lasciva muñeca.

Maldijo su propia debilidad.

Los años de viudez le hacían presa fácil.

Súbitamente, se eclipsó toda luz.

La estancia quedó ahora en la más completa oscuridad.

McEveely sonrió.

Se había fundido la lámpara del salón.

Tanto mejor.

La oscuridad le ayudaría a conciliar el sueño.

Cerró los ojos.

Durante breves segundos. Los abrió con la extraña sensación de que alguien le estaba observando. De que no estaba solo en el dormitorio. La alarma absurda e injustificada.

Ningún ruido.

Un silencio total.

Sin embargo...

Era como si un fantasma vagara por la estancia.

Una sombra.

John McEveely giró en el lecho dispuesto a olvidar su aprensión.

Y entonces tropezó con alguien.

Un cuerpo blando y suave.

McEveely ahogó un grito, tendiendo su mano derecha en busca del interruptor de la mesa de noche.

Iluminó el dormitorio.

Una mueca desencajó las facciones de McEveely.

Agrandó los ojos.

Incrédulo.

Estaba allí.

A su lado.

La muñeca hinchable.

Con el sujetador de negro encaje y el slip enroscado poco más arriba de las

rodillas.

El miedo paralizó a McEveely.

Un miedo que se transformó en indescriptible terror al ver cómo la muñeca alzaba lentamente los brazos.

—No... no...

El pánico ahogó la voz de McEveely.

Quiso retroceder.

Escapar de aquella alucinante pesadilla.

No lo consiguió.

Las manos de la muñeca se habían cerrado en torno a su cuello

John McEveely intentó zafarse, pero una fuerza infrahumana aprisionaba su garganta. La palidez del miedo dio paso a un tono amoratado en su rostro.

Entreabrió la boca.

Falto de respiración

La lengua asomó agitándose convulsiva.

Los ojos de McEveely se nublaron.

Su última visión fue el rostro de la demoníaca muñeca Ya con los ojos velados por la muerte, la vio sonreír.

Si.

La muñeca estaba sonriendo.

Sonreía a John McEveely, mientras le enviaba al Más Allá.

CAPITULO II

Los repetidos destellos del flash se centraban sobre la macabra y grotesca escena.

Desde todos los ángulos.

Cyril Bronson, teniente del Departamento de Homicidios, desvió la mirada hacia el uniformado agente de policía.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Una tal señora Harris. Dorothy Harris. Todos los días, a primeras horas de la mañana, acudía a limpiar el apartamento de John McEveely. Hoy se encontró con la desagradable sorpresa.

El teniente Bronson volvió a fijar su mirada en el lecho.

John McEveely yacía con los brazos en cruz. El rostro deformado por una escalofriante mueca de terror. Los ojos muy abiertos. Al igual que la boca.

Y sobre él

Si.

Allí estaba.

Una muñeca hinchable.

Con su espeluznante rigidez Rebosando sobre el también inerte cuerpo de John McEveely.

El teniente chasqueó la lengua.

—Es algo más que una sorpresa. El honorable McEveely, el hombre de demostrada moralidad, el látigo del vicio y la corrupción... en brazos de una muñeca de sex shop.

Un hombre hizo su entrada en la estancia.

Un individuo de unos sesenta años de edad. Cabello ya gris. En su rostro, de angulosas facciones, se acusaba una gran firmeza de carácter.

Se abrió paso entre los muchachos de dactiloscopia, aproximándose hasta el lecho.

Quedó inmóvil.

Sus facciones se endurecieron.

—Cyril...

—Aquí estoy, capitán.

—¿Qué ha dicho el forense?

—Muerte por estrangulamiento. En la noche de ayer. Entre las diez y las doce horas.

—¿No pudo ser un fallo cardíaco?

Cyril Bronson esbozó una sonrisa.

Era un individuo Joven. Tal vez demasiado joven para ostentar el cargo de teniente en el Departamento de Homicidios.

—¿Lo dice por esa... muñeca?

—¡Si, maldita sea! ¡Es increíble! No podía imaginar a John McEveely Bueno. Pudo ser un fallo del corazón. Se excitó en demasía.

—El forense ha detectado todos los síntomas de estrangulamiento. Lógicamente, con reservas hasta efectuar la autopsia Aunque no hace falta ser médico. El rostro de McEveely no delata precisamente placer, sino un infinito terror.

—¿Alguna huella interesante?

—Estamos trabajando en ello, capitán. La muñeca llegó por medio de un repartidor de agencia. La «Centaur». No existe tal agencia. El sargento Murphy está interrogando al recepcionista del edificio y vecinos.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Una mujer que efectúa diariamente la limpieza en el apartamento. Sufrió un ataque de nervios y ha sido llevada al Departamento.

—Perfecto. Hablaré personalmente con esa mujer.

—Lo que ha visto no debe ser conocido por la Prensa. Hay que obrar con la máxima discreción. ¿Imagina los titulares? ¡El presidente del Comité Cívico encuentra la muerte abrazado a una muñeca de sex shop!

—Puede que el asesino dejara la muñeca para desprestigio de John McEveely.

El capitán Richard Cornwell asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Entra en lo posible. McEveely tenía muchos enemigos. Era un hombre íntegro. Este caso va a ocasionarnos muchos quebraderos de cabeza, Cyril. Es preciso solucionarlo pronto y con prudencia. Yo hablaré con la Prensa. Sólo yo. Ni usted ni ninguno de los hombres que asigne al caso harán declaraciones. Hay que silenciar la existencia de esta maldita muñeca.

—Sí, capitán.

—Manténgame informado, Cyril. Ahora voy al despacho del alcalde. Me ha telefoneado personalmente interesándose por lo ocurrido.

El capitán Cornwell se alejó a grandes zancadas.

Visiblemente preocupado.

—¡Eh, Cyril!

Bronson acudió a la llamada de uno de los expertos en dactiloscopia.

—¿Has encontrado algo, Lee?

El individuo que respondía al nombre de Lee asintió.

—John McEveely tomó una ducha y salió del baño a medio secar. Fue goteando hasta la mesa de noche. Estos círculos que he acentuado en el suelo fueron gotas de agua.

—¿Esta pisada pertenece a McEveely? —inquirió el teniente Bronson señalando una remarcada huella dibujada en el suelo. Casi junto al lecho— Me parece pequeña.

—Pie izquierdo. Descalzo. En efecto, no es el de McEveely. Demasiado pequeño. Hemos hecho una plantilla. Pertenece a la muñeca. Coincide exactamente con su pie izquierdo.

Cyril Bronson arqueó las cejas

Perplejo.

—¿De la muñeca?

—Sí, Cyril.

—Tal vez John McEveely bailó con ella antes de acostarse.

—Es una buena hipótesis —rió el llamado Lee—, aunque no la comparto. Es difícil que una muñeca hinchable, apenas sin peso, deje marcadas sus huellas en el suelo. A no ser que.

—Sigue. Lee.

—A no ser que fuera una muñeca viviente

—Muy gracioso.

—Hay algo más, Cyril —el rostro de Lee se ensombreció—. En la mano derecha de McEveely. Entre sus crispados dedos hemos descubierto tres largos y sedosos hilos de pelo. Apostaría la paga de un mes a que esos cabellos son artificiaos. Pertenecientes a la muñeca.

—¿Y qué? ¿Qué tratas de insinuar?

Lee sonrió.

Muy forzadamente.

—¿Yo?... Nada. Te suministro datos, muchacho. Eres tú quien tiene que sacar las conclusiones.

Los ojos de Cyril Bronson volvieron a posarse en el lecho.

Instintivamente sintió un escalofrío.

Al igual que cuando entró por primera vez en la habitación. De nuevo la misma impresión absurda y alucinante.

La posición de McEveely, la de la muñeca

Sí.

Parecía como si John McEveely hubiera sido atacado por aquella bella muñeca de sex shop.

CAPITULO III

Michael White mesó sus cabellos.

Por enésima vez.

Nerviosamente.

—La reunión de ayer fue muy polémica, teniente. John McEveely abogaba para que todas las sectas que actualmente pululan por San Francisco, en especial las de Lange Hill, fueran sometidas a riguroso control por la policía. Estaba seguro de contar con el apoyo y colaboración del gobernador del Estado. Esas sectas están haciendo mucho daño a la juventud californiana. McEveely quería exterminarlas.

—¿Alguna secta en particular?

—Todas las de Lange Hill eran condenables para McEveely. La de Saqqarah, los seguidores del Kali-Yuga, los del Gran Sabbah, Los Adoradores... La mayoría de ellas, encabezadas por un profeta, pregonan una nueva religión. En verdad son embaucadores que prostituyen a jóvenes de diferentes sexos y los conducen al falso paraíso de las drogas.

Cyril Bronson encendió un cigarrillo

Se reclinó en el sillón giratorio.

—Esas sectas no son peligrosas, señor White. Puede que el pregonar las maravillas del amor libre y sin prejuicios sea la antesala de la prostitución. En cuanto a la droga dudo que se consuma en mayor cantidad que en la universidad. No son violentos Los componentes de esas sectas son jovenzuelos inconformistas que consideran al mundo como un gran estercolero y sueñan con hacerlo mejor. En ninguno de los casos son merecedores de la atención del Comité Cívico.

—Son peligrosos para el espíritu, teniente. Pueden condenar nuestra alma con sus mentiras. Alguno de esos profetas son auténticos diablos. Con poderes sobrenaturales. ¿Ha oído hablar de Hall Williamson? Se hace llamar El Gran Iniciado. Es el creador de la secta denominada «Los Adoradores». El tal Hill Williamson es propietario de una veintena de tiendas de antigüedades repartidas por todo San Francisco. Ha amasado una fortuna con sus prácticas de espiritismo, brujería y satanismo. Acuden a él damas de la alta sociedad, magnates, políticos... todos embaucados por las demoniacas sesiones de espiritismo que realiza en el templo.

El rostro de Cyril Bronson no ocultó una mueca de escepticismo.

Succionó el cigarrillo.

—¿Qué más se trató en la reunión de ayer, señor White?

—El único tema era el de las sectas pseudorreligiosas que atentan contra el bien de la sociedad. Fue aprobada la moción de McEveely, pero dudo que ahora se lleve a cabo. John McEveely tenía una gran influencia en el alcalde, gobernador y demás autoridades importantes. Con la muerte de McEveely, el Comité Cívico sufre un duro golpe.

—Creo recordar que hace poco más de un mes el Comité Cívico logró que se abriera una investigación sobre los negocios controlados por Romolo Bertini.

Michael White movió la cabeza afirmativamente.

—Oh, si... fue un gran éxito. Bertini está ahora en prisión, y su sindicato del vicio exterminado. ¿Sospecha de Romolo Bertini, teniente? Desde prisión no puede actuar ni...

Fue interrumpido por Bronson.

—Desde su confortable celda está controlando nuevamente el sindicato del vicio, señor White. Sólo han cortado uno de los tentáculos del Gran Pulpo. Por supuesto que Bertini pudo enviar uno de sus asesinos a sueldo; pero, ¿por qué? ¿Por venganza?

—John McEveely era nuestro cabecilla. Todas las campañas que emprendía se convertían en resonantes triunfos.

—Actualmente, y sin contar el problema de las sectas. ¿Qué planes tenía el Comité Cívico?

—McEveely preparaba un dossier sobre las máquinas tragaperras de Goldman y la corrupción de menores en las discotecas del clan.

El teniente Bronson respiró profundamente.

Se incorporó para tender su diestra a Michael White.

—Gracias por acudir a mi llamada, señor White.

—A su disposición, teniente.

Michael White abandonó el despacho cruzándose con un individuo de pelo rojizo y complexión atlética.

—¿Quién era ese fulano?

—Un poco más de respeto, Carl Bronson se dejó caer nuevamente en el sillón—. Se trata de Michael White, vicepresidente del Comité Cívico

—¿Le has sacado algo?

—Me ha hablado de los posibles enemigos de John McEveely. Podemos elegir. Una docena de sectas enclavadas en Lange Hill, las máquinas tragaperras de Goldman, la trata de blancas dirigida por el lugarteniente de Bertini..

—Maravilloso.

—Lo es.

—Me inclino por Peter Hellson, el lugarteniente de Bertini. La mafia siempre ha utilizado métodos especiales. Y el colocar una muñeca hinchable junto al cadáver es original.

—¿Qué has averiguado tú?

Carl Murphy, sargento adscrito al Departamento de Homicidios, tomó asiento atrapando la cajetilla de tabaco depositada sobre la mesa de noche.

—La agencia «Centaur» no existe Y empleados con uniforme gris, ese fue el color dado por el recepcionista, los hay en treinta y cuatro agencias de reparto domiciliario. Estamos haciendo un retrato-robot del repartidor.

—Designa a tres hombres para que visiten cada una de esas agendas.

—Ya lo he hecho.
—¿Qué hay de la muñeca?
Carl Murphy sonrió.
—Made in USA. Fabricada por la Ferny Company. ¡Infiernos, Cyril...! ¡Jamás había entrado en una sex shop, y hoy me he recorrido una docena de ellas! Tenías que verlo. Hay aparatos para todo. Verdaderas filigranas. También las mujeres tienen un buen surtido donde elegir. Hay unos
—Al grano, Carl
—¿Cómo? Ah, sí Bueno... Las muñecas de la Ferny Company se venden en doce sex-shops de San Francisco. He visitado las doce. No he conseguido ninguna información. Las venden como rosquillas. En un precio que oscila entre los doscientos y trescientos dólares. La encontrada en el apartamento de McEveely, modelo «Jasmin», se cotiza en doscientos cuarenta dólares. Las hay más baratas, pero «Jasmin» tiene mucha aceptación. Ninguno de los empleados de las sex shops reaccionó al darle la descripción del repartidor de la falsa agencia. Son cientos los clientes y voyeurs que desfilan al día por una tienda de ese tipo.
—La muñeca tenía un número de control. Por él...
—Ese control sólo es respetado en la Ferny Company —interrumpió el sargento Murphy— Allí hay que remitirlas, en caso de que salgan defectuosas. Las sex shops no registran los números de control. Tal como las reciben de fábrica, en su bolsita precintada, son servidas al respetable público.
—Empiezo a sentir deseos de vomitar.
—Yo, no. Será porque no he podido almorzar.
Cyril Bronson sonrió consultando la esfera del reloj.
—De acuerdo, Carl. Vete a cenar. Pasaré a recogerte dentro de un par de horas. Iremos a hacer una visita a Peter Heffson.
—Nada sacaremos de ese viejo zorro.
El teniente no hizo comentario alguno.
Abandonó el despacho junto con Carl Murphy.
En el Departamento de Homicidios reinaba una gran actividad. Por supuesto no era el caso McEveely el único surgido en la jornada. El criminal no descansa. Y la policía tampoco.
Hombres en mangas de camisa, tras pequeñas mesas. Consultando archivos. Interrogando sospechosos. Aprovechando los minutos de tregua para consumir el sándwich-cena o una taza de café muy negro.
Bronson empujó una puerta semividriera.
El despacho del capitán Richard Cornwell.
—Hola, Cyril. ¿Buscas al viejo?
—Ahá
—Acaba de bajar al salón de actos. Es su cita con los ávidos muchachos de la Prensa. La muerte de John McEveely ha ocasionado un gran revuelo. No quisiera estar en el pellejo del capitán. Poco va a poder decirles
—¿Le has presentado algún informe, Gibson?

Gary Gibson, jefe del laboratorio técnico, asintió con un débil movimiento de cabeza.

—Ahora iba a ¡levarte una de las copias. No hay duda, Cyril. Lee no estaba equivocado. La única huella encontrada en el apartamento pertenece a la muñeca hinchable. Absurdo pero cierto. Tampoco señal de violencia en puertas o ventanas. La señora Harris utilizó la puerta de servicio al no poder entrar por la principal que mantenía la cadena de seguridad ajustada. La señora Harris lo recuerda perfectamente. La puerta de servicio estaba cerrada con doble vuelta. Tal como ella la dejó el día anterior. ¿Por dónde entró y salió el asesino?

—No es ése el único interrogante, maldita sea

—Estando yo aquí recibió el capitán el informe de la autopsia. Muerte por estrangulamiento. También ha determinado que John McEveely no hizo el amor con... con la muñeca: aunque ese punto ya lo sospechábamos nosotros después del examen realizado a «Jasmin».

Cyril Bronson hizo una mueca

De nuevo empezaba a sentir náuseas.

—Voy a casa a darme una ducha y cambiar de ropa Si el capitán pregunta por mí, dile que Murphy y yo vamos a platicar con Peter Heffson

—Okay.

Minutos más tarde el teniente Bronson abandonaba el edificio.

En un estacionamiento reservado se alineaban varios autos.

Cyril Bronson abrió la portezuela de un «Pontiac».

—Hola, Cyril. ¿Puedo acompañarte?

El teniente detuvo el iniciado movimiento de introducirse en el vehículo.

Entornó los ojos.

Fijos en el individuo que le sonreía cínicamente.

—La reunión es arriba, Walter. El capitán ya ha iniciado la rueda de Prensa con tus compañeros.

—No me interesa. Puedo cursarla con todo detalle a la redacción de Black Jack, sin haber estado presente. El viejo soltará una de sus habituales parrafadas, pero sin concretar nada de Interés Todo lo contrario. Ocultando ciertos datos.

—Puedes hacer lo que quieras, Walter.

Cyril Bronson se acomodó frente al volante

Dando por terminada la conversación.

El individuo se inclinó sobre la ventanilla del «Pontiac» acentuando la cínica sonrisa.

—Una pregunta, Cyril... ¿hay algún cargo contra «Jasmin»? ¿Es la sospechosa de la muerte de John McEveely?

Bronson volvió a entornar los ojos.

Endureciendo las facciones.

Su fría mirada no pudo ocultar un destello de admiración.

Si

Walter Garney era endiabladamente astuto

—Sube, Walter.

El individuo obedeció.

Acomodándose junto al teniente

Su edad era similar a la de Bronson. Pelo rubio. Frente despejada. Ojos azules. Nariz perfilada. Boca de finos labios. En conjunto sus facciones adquirían un aspecto aniñado e inocente.

Muy engañoso.

Walter Garney era capaz de vender a su propia madre.

A los veinticinco años de edad ingresó como agente en el Federal Bureau of Investigaron. Después de un triunfal periodo por la Academia de Quantico, el prometedor agente Garney fue expulsado del FBI dos años más tarde. Consigue una licencia de investigador privado. Le es retirada a los seis meses.

Walter Garney era ahora colaborador fijo del semanario Black Jack. Una publicación sensacionalista y truculenta especializada en crónica negra. Las dos secciones de Garney,

«El criminal también gana» y «El crimen de la semana», eran devoradas por un público ávido de toda la morbosidad y sadismo que sabia dar a sus escritos.

—¿Vas a incluir la muerte de John McEveely en «El crimen de la semana»?

—Por supuesto, Cyril —Garney encendió un cigarrillo—. El personaje lo merece.

Bronson giró el volante.

Aceptó el cigarrillo ofrecido por su interlocutor.

—Correcto, Walter. McEveely era hombre importante. Amigo íntimo del gobernador y del alcalde. Si esa bazofia de Black Jack publica algo que..

—Me conoces bien, Cyril. Jamás he escrito algo que no fuera cierto. La verdad es mi lema. El decir siempre la verdad me ha ocasionado muchos disgustos. En el FBI, con la Metropolitan Police..

—No me llores, Walter. Eres una rata Un perfecto busca-basuras. Tus artículos en Black Jack son nauseabundos.

—El editor está contento. Desde que empezó mi colaboración, la tirada ha aumentado en cien mil ejemplares. El lector pide basura y yo se la proporciono en cantidad.

—¿Te sacas bien los garbanzos?

—De primera, Cyril.

—Pues si no quieres perder ese plato de garbanzos, limítate a publicar la nota oficial.

—¿Sin mencionar a «Jasmin»?

Cyril Bronson desvió el auto hacia la izquierda frenando con brusquedad junto a la calzada.

Posó una dura mirada en Garney.

—¿De qué me hablas, Walter? ¿Quién es «Jasmin»?

—Cyril, por favor... ¡Soy Walter! ¿Tratas de engañarme? El recepcionista me informó del paquete recibido por McEveely. Esta mañana me he dedicado a seguir al bueno de Murphy. Cada vez que entraba en una sex-shop, se sonrojaba. Mostraba mucho interés por una muñeca hinchable. El modelo denominado «Jasmin». Cuando Murphy salía yo interrogaba a los empleados. Unos pocos dólares desatan la lengua. Deduzco que John McEveely recibió una de esas muñecas.

—Publica eso y será el fin de Black Jack.

—Lo publicaré cuando tenga las pruebas. Oye. Cyril... ¿por qué no nos ayudamos mutuamente? Lo hemos hecho en otras ocasiones con buenos resultados. Somos amigos.

—¿Amigos? Tu único amigo es el dólar. No quiero tratos contigo. Walter. Estás ya en los últimos peldaños.

Por unos instantes, los azules ojos de Walter Garney perdieron su sempiterno brillo burlón.

Muy fugazmente.

Sonrió.

—Hasta aquí me han empujado, Cyril.

—¿Quieres un consejo?

—No, gracias —Garney abrió la portezuela del auto—. Tengo el armario repleto. Suerte, Cyril.

Walter Garney descendió del «Pontiac»

El teniente le vio alejarse por el espejo retrovisor.

Reanudó la marcha moviendo la cabeza de un lado a otro.

Ya imaginaba los titulares de Black Jack

«John McEveely, presidente del Comité Cívico, muere abrazado a una muñeca de sex shop.»

Sí.

El bastardo de Walter Garney era capaz de eso y de mucho más.

CAPITULO IV

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Esther Backus.

Empequeñeció los ojos al fijar su mirada en la muchacha.

—Gladys

—¿Sí, señora?

—Acérquese.

Gladys depositó la bandeja sobre la mesa de noche avanzando hacia el centro de la espaciosa habitación.

Gladys tenía veinticinco años de edad. Rostro agraciado y un escultural cuerpo, generoso en curvas. Los senos eran opulentos, provocativamente aprisionados bajo el jersey de algodón. La falda también acentuaba la pronunciada redondez de las caderas.

Cada paso de Gladys hacia mover rítmicamente los prominentes senos.

La señora Backus hizo una mueca de desagrado.

—Iba a formularle una pregunta, pero creo que ya no es necesario. No lleva sujetador, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Me ha oído perfectamente, Gladys.

—No... no lo llevo, señora.

—Por ser usted mi dama de compañía la he dispensado del uniforme obligatorio en las doncellas a mi servicio; pero eso no le autoriza a vestir con indecencia.

—Yo no...

—Si quiere continuar a mi servicio vista con más recato. Gladys.

—SI, señora.

—Puede retirarse.

—Buenas noches, señora.

Esther Backus quedó sola en la estancia.

Aquel dormitorio, pose a la abundancia de mobiliario, resultaba frío. Tal vez debido a su desproporcionada amplitud.

La artística cama de dosel quedaba al fondo, escoltada por dos mesas de noche en severo estilo. El arma rio, mueble tocador y tres butacas completaban el mobiliario junto con profusión de cuadros y objetos de arte.

En rudo contraste con los severos muebles, un televisor en color ocupaba una de las paredes. Sobre una longitudinal mesa. Junto al televisor, cuidadosamente ordenadas, varias cajas circulares y un aparato proyector.

Esther Backus se incorporó del sillón.

Apoyada en un artístico bastón de dorado pomo. Los dedos de su sarmentosa mano lucían dos valiosas sortijas.

Esther Backus, a sus sesenta y cinco años de edad, era ya la única descendiente de la saga de los Backus. La noble familia que se instaló en San Francisco, allá por el 1848.

Contrajo matrimonio a los veinte años de edad. Con el aristócrata joven llamado Robert Slate. La unión sólo duró cuatro meses. Cuatro meses de inmensa felicidad Robert Slate murió víctima de unas fiebres.

Esther no volvió a contraer matrimonio. Se mantuvo fiel a aquel primer amor. Fiel a su adorado Bob. A su eterno amado...

La pasión cíe Esther era el cine, pero hacía años que no acudía a una sala comercial. Prefería la soledad. No le resultó difícil adquirir copias de cuantos filmes eran de su interés. Su colección particular contaba con piezas que envidiaría cualquier filmoteca importante. La mayoría de las películas pertenecientes a la época dorada de Hollywood. Musicales y románticas.

Si.

El cine era la única pasión de Esther Backus.

Deslizó el dedo índice por las alineadas cajas circulares ordenadas sobre la larga mesa.

Distraídamente.

De pronto dio un respingo.

Perpleja.

Todas las cajas lucían una etiqueta negra con el título del filme en blanco. Situado en el borde superior Aquello facilitaba la selección. La propia Esther rotulaba aquellas etiquetas. Era lo primero que hacía al adquirir la nueva cinta.

De ahí que le sorprendiera aquella caja sin etiquetar.

La apartó cuidadosamente.

Tampoco figuraba el título en la portada.

Ninguna indicación.

Extrajo el rollo de la caja.

Filme de ocho milímetros.

En bobina de ciento veinte.

Acopló la cinta en el proyector procediendo a su automática puesta en funcionamiento.

Esther Backus apagó la luz de la estancia acomodándose en el estratégicamente situado sillón.

La pantalla ya estaba dispuesta en la pared frontal al proyector.

Ningún título.

Ninguna letra de presentación

Nada que identificara al filme.

La cinta era en color.

Sin sonido.

Aparecieron las primeras imágenes.

Un verde prado plagado de margaritas, una bella y joven pastora, un rebaño de ovejas, un perro

Lo que parecía el inicio de una bucólica escena, se quebró con la aparición de un fornido leñador.

Y ante los desorbitados e incrédulos ojos de Esther

Backus se sucedieron los primeros fotogramas del más obsceno porno duro.

El estupor inmovilizó a la mujer.

Fue incapaz de reaccionar.

Manteniendo en su rostro aquella mueca de sorpresa.

Transcurridos unos instantes, se permitió un repetido parpadear. En un vano deseo de cambiar aquellas pornográficas imágenes. Sospechando ser víctima de una pesadilla.

No

No lo logró.

El filme prosiguió.

Escenas «hardcore».

El leñador, la joven pastora, el rebaño, el perro.. Todos participaban en la desenfrenada y aberrante orgia.

Las más depravadas y lujuriosas escenas desfilaron ante la atónita mirada de la anciana.

Un primer plano.

El perro y la joven.

Fue entonces cuando Esther Backus reaccionó incorporándose del sillón dispuesta a interrumpir la obscena proyección.

Con torpe paso, nerviosamente, acudió hacia el aparato.

No llegó a tocar el proyector.

Un ronco gruñir la hizo girar sobresaltad».

Lo que vio en pantalla erizó sus canosos cabellos. Una marcada palidez se apoderó de las facciones de Esther. Empezó a temblar, convulsiva.

Sonaron unas risas.

Si.

La joven pastora estaba riendo a carcajadas.

Su risa era audible. Unida al gruñir del perro Pero aquello no era lo más inquietante. De la abierta boca de la muchacha asomaban verdosos gusanos que serpenteaban hacia los orificios de la nariz. Y en la cabeza, los sedosos cabellos se fueron convirtiendo en un enjambre de serpientes

Los desnudos brazos de la pastora rodearon el grueso cuello del perro. Le susurró unas palabras.

Ahora un primer plano del perro.

Sus afilados colmillos.

Y ante los alucinados ojos de Esther Backus, el perro saltó.

Fue como una película en relieve.

El terrorífico efecto hizo cerrar los ojos de Esther a la vez que profería un desgarrador grito.

Sin atreverse a abrir los ojos corrió hacia la puerta.

Sus piernas tropezaron con un cuerpo blando que la hizo caer aparatosamente de bruces

Abrió los ojos.

Instintivamente.

La penumbra de la habitación no fue obstáculo para la visión.

Estaba demasiado «cerca para no poder verlo a la perfección.

Incluso el aliento de sus abiertas fauces quemó el rostro de la anciana

El perro estaba allí.

Fuera de la pantalla.

Frente a Esther Backus.

A escasas pulgadas.

El terror enloqueció a la mujer.

Agrandó los ojos desencajando las mandíbulas. Comenzó a gatear desesperadamente a la vez que un espeluznante y prolongado alarido brotaba de su garganta.

La alucinada Esther se golpeó contra uno de los muebles quedando con los brazos en cruz.

Aún pudo ver al perro abalanzándose sobre ella.

Esther Backus cerró los ojos al horror.

Ya no volverla a abrirlos más.

CAPITULO V

Cyril Bronson se detuvo en una de las alineadas mesas de la sala para atrapar la cajetilla de «Dunhill».

—Has madrugado mucho, Fred.

El detective Fred Rampling se reclinó en el sillón a la vez que estiraba los brazos sin paliar un ruidoso bostezo.

—¿Madrugar? No he ido a casa. Cyril. Ayer noche los del Distrito 77 llamaron a Homicidios. Un fallecimiento por fallo cardiaco, pero la categoría de la víctima y algunos detalles extraños hicieron que la Metropolitan Police nos pasara el caso. Me lo encomendaron a mí. ¡Cuando ya me disponía a irme a casita!

—También yo perdí parte de la noche —sonrió el teniente Bronson exhalando una bocanada de humo—. No hemos sacado nada de Peter Heffson.

—Feo asunto el de John McEveely. Por cierto... ¿La conoces?

Rampling empujó una fotografía depositada sobre la mesa escritorio.

Un primer plano de una mujer de avanzada edad.

—Seguro. La señora Esther Backus. ¿Es ella la del fallo cardíaco?

—Ahá. Era miembro del Comité Cívico, aunque no entraba en los debates. Se limitaba a apoyar económicamente a la asociación.

—Sí el médico forense dictó fallo cardíaco... ¿por qué ha pasado el asunto a Homicidios?

Fred Rampling sonrió.

Tomó un cigarrillo de la roja cajetilla.

—La señora Backus falleció mientras contemplaba una película en su proyector. Era su hobby. Los sirvientes escucharon gritos de la señora Backus. Al acudir ya la encontraron en el suelo sin vida. Llamaron al doctor Landers y a la policía. Samuel Landers es el médico de la señora Backus. No padecía del corazón, pero a su edad tampoco resultaba sorprendente un fallo cardíaco. Hoy día cualquiera está cercano al infarto. El agente del Distrito 77 que se desplazó hasta la casa, quedó muy impresionado al ver el cadáver. En especial, su rostro. La señora Backus parecía haber muerto de miedo. Tenía las facciones desencajadas, los ojos muy abiertos... Su rostro completamente desfigurado por una mueca de terror

—¿Qué dijo el doctor Landers?

—No dio importancia al detalle. Comentó que, si el fallo no es repentino, se producen ciertos espasmos y crispaciones en el rostro. Esther Backus gritó sin duda presintiendo el ataque al corazón y de ahí sus desencajadas facciones. Yo tengo mis dudas. He visto el cadáver, Cyril. Comparto la opinión del detective de la 77. La señora Backus parece haber muerto de terror.

—¿La película era de Boris Karloff?

Fred Rampling esbozó una sonrisa.

Fijó sus ojos en el teniente de homicidios.

—No, Cyril. También pasó esa idea por mi mente. Visioné el filme del proyector. Se trataba de una película pornográfica.

Bronson dio un respingo.

—¿Cómo?

—Pornográfica, muchacho. Has oído perfectamente. Un porno duro. Un filme clandestino. Ajeno a los underground films o cualquier otra productora de cintas pornográficas.

—Muy curioso. John McEveely y su muñeca hinchable, Esther Backus, aficionada a los filmes porno... No resulta una buena propaganda para el Comité Cívico. ¿Puedo echar un vistazo a tu informe?

—Seguro —Rampling reunió en una carpeta los papeles esparcidos por la mesa—. Aquí tienes también las declaraciones de los sirvientes. Gladys Randall, su dama de compañía, fue la última en verla con vida. La he citado a las nueve para que amplíe datos. También acudirá Jason Beatty, el abogado y administrador de los bienes de la señora Backus. He cruzado unas breves palabras con él. La fortuna de Esther Backus será destinada a instituciones benéficas... y no tan benéficas.

—¿Qué quieres decir?

—Un tal Hall Williamson se lleva un buen pellizco. La parte del león. ¡Un millón de dólares! Y su obra no puede catalogarse como benéfica. Todo lo contrario. Es el creador de una secta denominada «Los Adoradores». Un Individuo que sabe engatusar y...

Cyril Bronson arrebató bruscamente la carpeta a su compañero.

Pasó uno a uno los papeles.

Nerviosamente.

Allí estaba.

Hall Williamson.

Conocido por «El Gran Iniciado». Fundador de la secta «Los Adoradores»...

Una de las sectas perseguidas con más seña por John McEveely.

Bronson sonrió duramente.

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro, Fred.

El teniente Bronson estaba equivocado.

El muerto iba a ser él.

* * *

El capitán Cornwell había accedido a que el caso Backus pasara también a Cyril Bronson.

—¿Ha visto la película, Gladys?

Gladys Randall no era una puritana. Había rodado lo suyo. Sin embargo, no pudo ocultar un ligero rubor.

—Sí el detective Rampling me hizo verla en el bungalow. Yo conocía el funcionamiento del proyector y...

—¿Era ése el tipo de películas preferido por la señora Backus?

—¡Por supuesto que no! Sin duda ese rollo llegó por error. Ya le he explicado al detective Rampling todo lo que sé.

—Repítalo para mí, Gladys —sonrió Bronson, fríamente—. Puede que se le haya pasado algo por alto.

Gladys se removió inquieta en la silla.

Inspiró con fuerza.

Continuaba sin sujetador.

—La señora Backus apenas salía de casa. Periódicamente recibía catálogos de diferentes distribuidoras cinematográficas. Adquiría películas preferentemente de la década de los cincuenta e incluso anteriores. Filmes románticos y musicales. Esa... esa marranada debió llegar confundida en la última remesa.

—Ninguna distribuidora se atrevería a comercializar ese tipo de películas, Gladys. Fue adquirida clandestinamente.

—¿Por la señora Backus? ¡Absurdo!

El teniente posó su mirada en Gladys.

Inquisitiva.

—Tal vez alguien puso allí la película. Sólo por gastar una broma a la señora Backus. Sin sospechar las trágicas consecuencias. ¿Quién pudo ser, Gladys?

Gladys se encogió de hombros.

—Lo ignoro, teniente. Jamás había visto anterior mente esa bobina. Y sólo soy yo quien... ¡Un momento! ¡Yo no he comprado esa cinta! ¡No tengo tan sucio sentido del humor! ¡No puede...!

—Tranquila, Gladys. Nadie te acusa. ¿Eras tú quien estaba al cuidado del proyector y las películas?

—Sí. Llevo una especie de fichero de todos los filmes.

Debidamente numerados y clasificados según su temática.

—¿Todos ellos en el dormitorio de la señora Backus?

Gladys sonrió irónica.

—Faltaría espacio. Una de las estancias de la casa está dedicada a sala de proyección. Es el archivo. En contadas ocasiones la señora Backus utilizaba ese salón Prefería la soledad del dormitorio. En éste únicamente guardaba las películas favoritas y las novedades recibidas en el mes.

—¿Era la señora Backus quien colocaba el rollo en el proyector?

—Sí. Lo hacía como si se tratara de una ceremonia. Un ritual. Pausadamente. Recreándose.

El teniente Bronson consultó unos papeles.

Fijó su mirada en Gladys.

Penetrante.

—¿Fue usted la primera en abrir la puerta del dormitorio?

—Mi aposento, aunque al otro lado de la casa des tinado al servicio, es el más cercano al dormitorio de la señora Backus. En principio creí que los gritos procedían de la banda sonora de la película. A la señora Backus le gustaba poner el máximo volumen. Cuando los gritos se hicieron más espeluznantes

—¿Espeluznantes? —interrumpió Cyril Bronson

Gladys asintió con nervioso movimiento de cabeza.

—Fueron desgarradores. Alaridos de terror.

—La visión de una película pornográfica pudo impresionar a la señora Backus impulsándola a gritar de indignación, de vergüenza...; pero no de terror.

—Sus gritos eran de terror —aseguró Gladys con firmeza.

El teniente Bronson quedó unos instantes en silencio.

Simuló ordenar los papeles que se amontonaban sobre la mesa escritorio.

—Esto es todo por el momento, Gladys. Gracias por su colaboración.

La mujer se incorporó avanzando hacia la puerta semividriera. Con innato ondular de caderas abandono el despacho.

Cyril Bronson no permaneció mucho tiempo solo.

La llegada del sargento Carl Murphy rompió el hilo de sus pensamientos.

—Buen ejemplar la tal Gladys, ¿eh, Cyril? Me gustaría interrogarla a fondo en su apartamento. ¿Has sacado alguna conclusión?

—Nada. De habernos limitado al informe de Rampling se habría ahorrado tiempo. Hizo un buen trabajo. Ninguno de los sirvientes ha añadido nada nuevo. La casa cerrada y con los sistemas de seguridad intactos, los tres sirvientes al otro lado del bungalow, acuden juntos alertados por los gritos de la señora Backus Gritos que cesan instantes antes de que Gladys abriera la puerta de la habitación.

—Un ataque al corazón, Cyril.

—No lo veo claro. John McEveely y Esther Backus Ambas muertes están relacionadas. Tengo esa impresión.

—¿Sólo por pertenecer ambos al Comité Cívico? Mera coincidencia, Cyril.

Uno de los botones del interfono se iluminó.

Bronson pulsó la palanca correspondiente.

—¿Si?

—Llamada del detective Sellers, teniente —dijo una voz por el interfono —. Ha localizado a Hall Williamson. En el 738 de Keach Road. En Lange Hill.

—Voy para allí.

Cyril Bronson se incorporó del sillón giratorio atrapando la chaqueta que colgaba del perchero. De uno de los cajones cogió un juego de esposas que ajustó en una anilla del cinturón. En el costado izquierdo.

—Te acompaño. Cyril.

—Tú te quedas aquí —ordenó Bronson, ya girando el pomo de la puerta—. Alguien debe coordinar la marcha de las investigaciones. Tenemos hombres

trabajando en las distintas distribuidoras cinematográficas de venta directa, en los fichados por realización de cortos porno.. Pueden llegar de un momento a otro con novedades importantes. También el abogado Beatty está citado para prestar declaración. Y no olvidemos a los muchachos del laboratorio. Cierto que el capitán nos da preferencia y todo tipo de efectivos; pero tampoco hemos de abusar. El primer contacto con Williamson será de simple tanteo.

Carl Murphy chasqueó la lengua

—Esperas mucho de ese fulano. El abogado nos comentó la vinculación de Williamson con la señora Backus. Sesiones de espiritismo. Williamson conseguía que la señora Backus «conversara» con su difunto marido. Agradecida por los servicios prestados, le recordó en su testamento.

Cyril Bronson sonrió sin compartir el pesimismo de su compañero

—Tengo una corazonada. Y sabes que mi instinto jamás me ha encañado Si, Carl. Espero mucho de Williamson.

Ciertamente era mucho.

Algo especial.

Un pasaporte para el Más Allá.

CAPITULO VI

Walter Gurney era un perfecto sabueso

Un individuo frío.

Astuto.

Con pocos escrúpulos.

De su paso por el Federal Bureau of Investigaron había asimilado todo lo malo de la organización. No fue el clásico agente del FBI, glorificado por el cine, la novela y el comic. El G-Men caballeroso e integro distaba mucho de Walter Garney.

Conducía un «Ford Mustang II» en su versión «Cobra II». En color beige claro.

Por la Sands Avenue.

En pleno barrio de Lange Hill

La zona de San Francisco pródiga en trasnochados hippies, punks, gays... Todo basura. Al igual que los elegantes y aristocráticos moradores de Nob Hill.

Si.

Para Walter Garney todo era basura.

Y él como número uno del Gran Estercolero.

Walter Garney apretó el acelerador intentando pasar antes de que cambiara el disco. No lo consiguió. Cruzó en rojo obligando a un anciano a dar un acrobático salto.

Aquella maniobra permitió a Garney no perder de vista el «Pontiac».

Mantuvo una prudente distancia.

Con Cyril Bronson eran necesarias todas las precauciones. Le seguía desde su salida del Departamento de Homicidios. Sin que se percatara de ello. Garney era un experto.

El «Pontiac» dobló hacia Lane Street abandonando la Sands Avenue. Se adentró por calles más estrechas y pronunciadas hasta llegar a Keach Road. Se detuvo frente al 738.

Walter Garney apareció segundos más tarde deteniéndose a prudente distancia del «Pontiac».

Vio descender al teniente Bronson del vehículo e introducirse en el 738 de Keach Road.

No era una casa.

El 738 correspondía a un barracón. Un viejo hangar de gris fachada. La metálica puerta pintada en negro permanecía a ras de suelo: pero Cyril Bronson utilizó la entrada contigua cuya puerta de madera estaba entreabierta.

Walter Garney continuó frente al volante del «Cobra II».

Encendió un cigarrillo.

Reclinándose en el asiento.

¿A quién visitaba el teniente Bronson?

Ningún letrero en la fachada del barracón. Ningún cartel indicador.

La espera se prolongó alrededor de los quince minutos.

Cyril Bronson apareció de nuevo introduciéndose en el «Pontiac».

Su salida no pareció interesar a Walter Garney. Continuó fumando plácidamente su quinto cigarrillo. Ya no pensaba seguir al teniente. Prefería indagar en los ocupantes del barracón. Saber qué había ido a buscar allí.

Garney arqueó las cejas.

El teniente Bronson estaba frente al volante, pero no hacía ademán de poner en funcionamiento el vehículo.

Parecía esperar a alguien.

Fue a los seis minutos.

Controlados por Gurney.

Un descomunal camión de gran tonelaje apareció por el final de Keach Road. Ocupando la derecha de la calzada Dado lo despejado de la calle avanzaba a cierta velocidad.

El teniente Bronson puso en marcha el «Pontiac».

A todo gas.

Y ante los incrédulos ojos de Walter Garney se situó en el carril de la izquierda.

Enfilando directamente hacia el camión.

A gran velocidad

Walter Garney salió precipitadamente del auto emprendiendo rápida carrera.

—¡Cyril!... ¡Cyril!

Por supuesto que Bronson no podía oírle.

El conductor del camión quiso maniobrar para esquivar aquella suicida embestida; pero ya era demasiado tarde.

El «Pontiac» ya estaba a menos de veinte yardas.

Con su máxima velocidad.

El violento impacto atronó Keach Road.

La parte trasera del^ «Pontiac» se alzó, mientras que el morro era materialmente engullido bajo el camión.

El conductor del camión, perdido el mando del vehículo, giró aparatosamente arrastrando el «Pontiac» contra la fachada de una de las casas. Cuando logró frenar el «Pontiac» era un amasijo de retorcidos hierros.

Walter Garney llegó jadeante.

Justo en el momento en que el conductor del camión descendía histérico.

—¡Estaba loco!... ¡Era un suicida! ¡Un suicida! ¡Ocupó el lado opuesto de la calzada!

Garney le apartó con brusquedad.

—¡Llame a una ambulancia! ¡Rápido, maldita sea!

Cyril Bronson tenía el rostro completamente ensangrentado. El volante hundido en el pecho. Su cuerpo aprisionado entre los retorcidos hierros.

Garney saltó sobre el destrozado vehículo.

Aplastado contra la pared. Las entradas bloqueadas. Las portezuelas dobladas hacia el interior.

Walter Garney apartó los rotos cristales del parabrisas.

—Cyril...

Bronson entreabrió los ojos.

Estaban en blanco.

Contrastando con el ensangrentado rostro.

—¿Por qué, Cyril? —Inquirió Garney—. ¿Por qué lo has hecho?

El teniente Bronson movió los labios.

Muy levemente.

—Shazbet..

Su voz fue un tenue susurro apenas audible.

—¿Shazbet? ¿Qué quieres decirme, Cyril? ¡Responde!

Bronson volvió a mover los labios.

Trabajosamente.

Una bocanada de sangre ahogó toda palabra.

Quedó inmóvil.

Con la cabeza hacia atrás.

Los ojos en blanco.

Espantosamente desorbitados

* * *

El rostro del capitán Cornwell semejaba una inexpresiva máscara de cera. Parecía mostrar una total indiferencia, pero un sagaz observador detectaría lo contrario.

En efecto.

Richard Cornwell difícilmente controlaba su estado de ánimo.

—¿Eso es todo, Walter?

—Sí, capitán.

—Uno de los que se aproximaron al lugar del suceso asegura que Bronson habló antes de morir.

Walter Garney succionó el cigarrillo exhalando una bocanada de azulado humo que semiocultó momentáneamente sus facciones.

—Cyril movió los labios. Tal vez quiso hablarme, pero no pronunció palabra alguna.

—Comprendo. Prefieres reservarlo para Black Jack. Una buena exclusiva, ¿verdad, bastardo?

Garney no respondió.

Enfrentándose impasible a la dura mirada del capitán Cornwell. Este dio por terminado el interrogatorio incorporándose del sillón y, sin añadir ninguna otra palabra, abandonó el despacho

El sargento Carl Murphy, presente en la estancia, ocupó su lugar tras la mesa escritorio.

Empujó unos papeles.

—Firma tu declaración. Walter.

Garney obedeció.

—¿Puedo irme ya?

El rostro de Murphy si acusaba lo ocurrido. Sin ocultar su dolor, sorpresa e incredulidad por el suceso.

—Aún no, Walter. Como testigo principal del suceso, has declarado. Ahora vamos a hablar como amigos de Cyril. Tú lo eras, ¿no es cierto?

Garney se limitó a soplar sobre la nívea ceniza del cigarrillo.

Sin contestar a la pregunta.

—¿Qué te ocurre, Walter? ¿Guardas rencor a la policía?

—Me conoces, Carl. No soy un tipo rencoroso. Ni tan siquiera odio a mi padre.

—No le has conocido, Walter.

—Precisamente por eso —sonrió Garney con sarcasmo—. Amor, odio..., ésos son sentimientos. Es preferible carecer de ellos.

—¿Tampoco te importa la amistad?

—Sólo tuve un amigo. Cuando yo tenía diez unos. Un perro vagabundo. Llegamos a un mismo tiempo ante el cubo de basura del restaurante de Curtis. Después de mirarnos desafiantes decidimos compartir los desperdicios. Fue el inicio de una buena amistad.

—No vas a impresionarme con tu cinismo, Walter. Tú lo has dicho. Te conozco bien De ahí que me sorprenda que no quieras colaborar conmigo. Eres una rata, pero hasta las ratas tienen algún punto bueno.

Garney se encogió despreocupadamente de hombros.

—Es posible.

—Vamos a conversar extraoficialmente. ¿De acuerdo, Walter?

—¿Preguntas mutuas?

—Depende de tus preguntas —respondió Carl Murphy, cauteloso—. Cyril estaba investigando un asunto muy., delicado.

—¿Te refieres a la muñeca hinchable? ¿A la bella «Jasmin»? —Ante el gesto de sorpresa de Murphy, añadió—: Estoy al corriente de muchas cosas, Carl. Adelante. Conversemos.

—No estabas en Keach Road casualmente como has declarado.

—Seguí a Cyril —confesó Garney—. Desde su salida del departamento.

—¿Por qué?

—Al igual que te seguí a ti en tus visitas a las sex shops. Averiguando que te interesabas por una muñeca hinchable modelo «Jasmin». Trabajo para Black Jack, y busco noticias. El caso John McEveely es un buen bocado. Cyril acudió al 738 de Keach Road, entrevistándose con alguien. Cuando salga de aquí averiguaré el nombre del propietario del almacén y

—Hal Williamson. Un fantoche. Un individuo que practica el espiritismo. Creador de la secta denominada «Los Adoradores». Propietario de una cadena de tiendas de antigüedades. Cyril le interrogó en visita rutinaria. El difunto

McEveely estaba contra ese tipo de sectas. Preparaba un ataque contra ellas. Con la colaboración del alcalde y del gobernador del Estado.

—¿Sólo por eso visitó a Williamson? Son muchas las sectas y sociedades secretas enclavadas en San Francisco. ¿Por qué se centró en la de Williamson? ¿Por qué en «Los Adoradores»?

—Te supongo al corriente de la muerte de la señora Esther Backus. Un fallo cardíaco. La señora Backus, también miembro del Comité Cívico, legó un millón de dólares a Hal Williamson. De ahí que nos interesara especialmente la secta de «Los Adoradores».

—¿Has interrogado a Williamson?

—Por supuesto. Tú me has visto entrar en el barracón. Mientras retiraban el destrozado cuerpo de Cyril Bronson, yo interrogaba a Williamson. Me confesó que su conversación con el teniente se había limitado a una serie de preguntas relacionadas con su vinculación a la señora Backus. No he encontrado nada anormal. Hal Williamson es un embaucador. La señora Backus acudía a sesiones de espiritismo. Hall Williamson lograba el encuentro de la señora Backus con su difunto marido

—Y en agradecimiento, le recordó en su testamento

—Eso es.

—Pero tú crees que hay algo más.

Carl Murphy movió la cabeza

—Sí. Algo que determinó la muerte de Cyril Bronson. Ni tu declaración ni la del conductor del camión me hará creer en el suicidio de Cyril. ¿Por qué diablos iba a suicidarse?

—Enfiló hacia el camión. Carl. A toda velocidad Conscientemente.

—Un fallo en el auto un descuido...

Walter Garney chasqueó la lengua.

—No, Carl. No hubo fallo mecánico en el auto. Cyril salió del barracón y esperó frente al volante del «Pontiac». Yo le observaba. Pasaron un par de vehículos Sólo con la aparición del pesado camión reaccionó Cyril. Enfilando contra él. Deliberadamente. Un trayecto lo suficiente largo como para rectificar cualquier descuido en la conducción

—¿Crees acaso tú en el supuesto suicidio de Cyril?

—No.

La rápida y contundente respuesta de Walter Garney hizo esbozar una leve sonrisa en el sargento de Homicidios

—Someteré a Hall Williamson a un riguroso control. Si está involucrado en la muerte de Cyril, lo pagará con creces.

—Muy difícil te va a resultar probarlo, Carl. Mi declaración, junto con la del camionero y la de otros testigos presenciales, determina que Cyril Bronson se precipitó conscientemente contra el camión.

Murphy mesó los cabellos.

Repetidamente.

Respiró con fuerza.

—John McEveely, Esther Backus, Cyril Bronson... Extrañas y misteriosas muertes. Algo enigmático flota en el ambiente. Algo... diabólico y sobrenatural. Puedo detectarlo.

Garney sonrió.

—La muerte no tiene nada de sobrenatural, Carl. Todo lo contrario. Morir os lo más sencillo y natural del mundo. Unicamente varían las formas de morir. Aunque eso tampoco importa.

—¿Puedo contar con tu colaboración?

—Mis contactos con la policía cesaron hace algún tiempo, Carl. No quiero reanudarlos.

Las facciones de Murphy se endurecieron.

Dirigió una fría mirada a Garney.

Despectiva

—Correcto, Walter. Estás en tu derecho a no querer colaborar, pero tampoco entorpezcas mi labor. Si por servir tu ración de basura a los lectores de Black Jack, ocultas pruebas o dificultas el trabajo de la policía, lo lamentarás. No lo olvides.

Garney se incorporó.

Deliberadamente arrojó el cigarrillo al suelo.

—Fui expulsado del Federal Bureau of Investigation, me fue retirada la licencia de investigador privado No soy periodista, sino un colaborador más de Black Jack. Nada tengo que perder. Ya no temo a vuestras burocráticas represalias... amigo Carl.

Garney hizo girar el pomo de la puerta.

Dispuesto a salir del despacho

Le detuvo la voz de Murphy:

—Walter...

—¿Si?

—Se está procediendo a la autopsia de Cyril. Mañana será el entierro y supongo que te gustaría asistir.

—Te equivocas, Carl. No acudiré. No me gustan los entierros. Apuesto que Cyril agradecerá más la compañía del causante de su muerte. Y es lo que voy a hacer. Enviarle allí a su asesino. Junto con Cyril. Al Más Allá.

CAPITULO VII

Walter Garney pulsó el llamador.

La hoja de madera se abrió a los pocos segundos.

La aparición de la muchacha hizo parpadear a Garney No esperaba presencia femenina en aquel apartamento. Y monos, de aquel calibre

Una joven de singular belleza

De unos veinte años de edad Pelo corto, que acentuaba la perfección de su ovalado rostro. Ojos verdes y rasgados. Nariz ligeramente respingona. Labios muy carnosos, húmedos, tentadores.

Lucía un minishort y blusa anudada bajo el busto, que dejaba al descubierto el delicioso y seductor ombligo. La cimbreante cintura contrastaba con la redondez de las caderas. Las piernas, de largos y bronceados mus los generosamente mostradas, merced al pequeño hot pants.

—¿Y bien? —inquirió la muchacha molesta por la insolente mirada de Garney.

Walter Garney aún se recreó unos instantes más.

Sus ojos, tras recorrer lujuriosos el cuerpo femenino, se posaron en el rostro de la joven.

—Busco al profesor Lloyd.

—Mi padre no se encuentra en San Francisco Esta en Londres. Invitado al IX Congreso Europeo de Parapsicología y Ciencias Ocultas.

—¿Tu padre? ¿Eres la hija del viejo Arthur?

—Soy Cynthia Lloyd. Hija del profesor Arthur Lloyd —rectificó severamente la muchacha.

Garney sonrió.

Sin esperar autorización penetró en el apartamento obligando a la joven a retroceder.

—Jamás lo hubiera imaginado... Arthur nunca mencionó tener una hija.

—Sólo lo comentaba con los amigos. ¿Quién es usted?

El living comunicaba con un amplio salón.

—Soy Walter Garney. Colaborador en Black Jack.

—¡Del Black Jack! —Casi gritó la muchacha—. Oiga, señor Garney mi padre no quiere saber nada de esa nauseabunda publicación Hace seis meses le dedicaron un articulo. Las respuestas de mi padre fueron manipuladas, tergiversadas y cargadas de un sensacionalismo de pésimo gusto

—¿De veras?

—¡Sí!

Walter Garney se dejo caer en el sofá-rinconera que ocupaba uno de los extremos del salón

—En Black Jack son tocios unos bastardos, Cynthia. Muy pocos conservamos la ética profesional.

La muchacha entornó los ojos.

En su rostro un gracioso mohín.

—Walter Garney sí... recuerdo haber experimentado náuseas con alguno de sus reportajes.

—Celebro que te gusten, Cynthia. ¿Cuándo regresa el viejo?

La joven enrojeció.

Furiosa.

—¡No lo sé! Dudo que regrese antes de una semana.

—No puedo esperar tanto tiempo. Conocí a tu padre en la redacción del Black Jack. Aunque te cueste creerlo, simpatizamos. Me invitó a tomar un whisky Aquí, en este mismo salón, platicamos amigablemente durante horas. Un gran tipo. Desinteresadamente se ofreció por si le necesitaba en alguna ocasión.

—Comprendo. Quiere dinero, ¿verdad? Tendrá que esperar para poder abusar de la bondad de mi padre. De mí no sacará un centavo.

—Lo último que te pediría es dinero —sonrió Garney, posando sus burlones ojos en el busto femenino—. Tienes otras cosas más interesantes que ofrecer.

Cynthia enrojeció ahora como la amapola.

—Buenas noches, señor Garney.

—Oye, pequeña... Estoy investigando un asunto muy delicado y necesitaba la cualificada información de tu padre. Es un experto en Ciencias Ocultas. El mejor.

—Regresará dentro de una semana.

—Tu padre me mostró su biblioteca privada. No me refiero a ésta —Garney señaló el mueble que cubría una de las paredes—; sino a la colección de libros y manuscritos sobre ocultismo, brujería, satanismo y demás embustes. ¿Puedo consultar un dato en uno de esos libros?

—No. Los califica de embustes, señor Garney. ¿Por qué molestarse en ellos?

—Yo no creo en esas supercherías, pero pueden resultar interesantes para mi investigación.

—Lo lamento. No puedo permitirle el acceso a la biblioteca privada de mi padre.

Garney se encogió resignadamente de hombros.

Se incorporó del sofá.

—Bien, si casualmente adelantara su regreso, dile que se ponga en contacto conmigo. Mi investigación se centra en una secta denominada «Los Adoradores». Puede llamarme a...

—¿Ha dicho «Los Adoradores»?

El tono de voz cambió en Cynthia.

Dejó de mostrarse despectivo e indiferente.

—Ahá. Eso he dicho.

—¿«Los Adoradores de Shazbet»?

Ahora fue Garney quien se mostró visiblemente interesado.

Contempló fijamente a la muchacha.
—¿Qué sabes tú de eso?
—He cursado estudios de Egiptología, Parapsicología y Ciencias Ocultas. Mi especialidad es la Demonología. Desde sus orígenes hasta nuestros días.
—¿Es una broma?
—Dentro de unos meses se publicará mi primer libro —sonrió la joven, divertida por el estupor de Garney—. El poder de Satán. Un amplio informe sobre las actividades de Satanás y su corte infernal en pleno siglo XX.
—No puedo imaginar a una criatura como tú disertando sobre Satanás y su banda.
—Te aconsejo que no bromees con ciertos temas, Walter.
Garney agradeció con una sonrisa el tuteo de la joven.
Volvió a acomodarse en el sofá.
—Creo que tus conocimientos suplirán con creces la ausencia de tu padre De tal palo tal astilla, ¿eh, Cynthia? ¡Increíble! Una belleza como tú. En fin. Háblame de las actividades de Satán. Apuesto a que está como directivo en la CIA.
La ironía de Garney no fue del agrado de la muchacha.
Movió lentamente la cabeza.
—No me resultas simpático, Walter; pero en consideración a esa supuesta amistad con mi padre responderé a tus preguntas. Siempre que sean hechas con seriedad.
—Okay.
—¿Qué quieres saber?
Garney extrajo la cajetilla de tabaco.
Ofreció un cigarrillo a Cynthia. Esta aceptó, tomando asiento junto a Walter Garney.
—Un amigo mío murió de forma violenta esta misma mañana. Era policía. El teniente Cyril Bronson. Enfiló su auto a toda velocidad contra un tráiler que avanzaba en sentido contrario. Yo estaba cerca del lugar, pero nada pude hacer. Antes de morir pronunció una extraña palabra: Shazbet. Una palabra que no significaba nada para mí. Podía ser el nombre de un night-club, el de un yate, una marca comercial... He ido descartando todas esas posibilidades. Entonces se me ocurrió seguir el camino más recto y lógico. Consultar una enciclopedia. En ella se define a Shazbet como uno de los espíritus malignos de la corte infernal de Belcebú.
Garney hizo una pausa.
Succionó el cigarrillo.
Cynthia le escuchaba atentamente. Sin apenas pestañear.
—Aquello que parecía un absurdo, resultó ser la verdadera pista —prosiguió Carney—. El teniente Bronson había interrogado a un tal Hall Williamson, jefe de la secta denominada «Los Adoradores». Y segundos después de ese interrogatorio, sufría el mortal accidente. Antes de centrar mis investigaciones en Hall Williamson, decidí ampliar conocimientos sobre la

secta. Tu padre, experto en la materia, me proporcionaría la información

—Yo puedo hacerlo, aunque no relacionada con Hall Williamson. Desconocía la existencia de esa secta. Llevo cinco años ausente de los EE.UU. Cursando estudios en Europa. Conozco bien a «Los Adoradores de Shazbet». Una secta fundada en el siglo XVII. Allá por el año 1610. No se conocen sus orígenes, pero se extendió rápidamente por todos los países. Los seguidores de la secta se sometían a las órdenes de Shazbet, uno de los legionarios de Belcebú, dedicados a la Gran Búsqueda.

—Explícate.

—Belcebú, hijo de la maldición, intenta fecundar a una mujer, de la cual ha de nacer el Anticristo. A ese fin recorre en las noches del sábado, con su legión de espíritus del Averno, las grandes ciudades en busca de la elegida. Para engendrar al Anticristo, debe poseer a una de las mujeres descendientes de Azazel (*Uno de los ángeles castigados por Dios, por mantener relaciones intimas con las hijas de los seres humanos, de cuya unión nacieron vástagos*). Inútil y desesperadamente, durante siglos y siglos. Belcebú y su cortejo infernal deambulan en busca de la descendiente de Azazel; maldiciendo y sembrando la desolación entre los mortales. Shazbet es un demonio más, que colabora en la Gran Búsqueda.

—Bonita leyenda.

—Puedes tomarlo como leyenda, aunque es rigurosamente cierto. Y te advierto del peligro, Walter. Shazbet dota a sus seguidores de poderes sobrenaturales. Si ese Hall Williamson no es un embaucador, debes tener cuidado. Es un protegido de Shazbet. Con infernales poderes difícilmente superables.

—¿Y si llevo una cabeza de ajo en el bolsillo?

—Tu ignorancia te disculpa, Walter; pero estás jugando con fuego.

Garney se incorporó del sofá.

Indiferente a la severa advertencia de la muchacha.

—Gracias por tu información, Cynthia.

La joven le acompañó hasta el living.

—Buena suerte. Walter. La vas a necesitar.

CAPITULO VIII

Walter Garney profirió una soez maldición al consultar su reloj de pulsera.

Llevaba ya dos horas de espera frente al 1.288 de French Street.

Aquél era el domicilio de Gladys Randall. La dama de compañía de la difunta señora Backus.

Walter Garney mantenía algunos contactos con elementos del Departamento de Homicidios Agentes que le facilitaban información a cambio de un puñado de dólares. De uno de esos policías había obtenido el domicilio de Gladys, pero ningún otro dato de interés. Le fue confirmada la muerte de Esther Backus, debida a un fallo cardiaco.

¿Por qué estaba entonces siendo investigada por Homicidios?

La llegada de un taxi alertó a Garney.

El vehículo se detuvo a continuación del estacionado «Cobra II».

Una mujer descendió del taxi encaminando sus pasos hacia el 1.288 de French Street.

Coincidía con la descripción facilitada.

Walter Garney salió del auto precipitadamente, dando alcance a la mujer cuando ya penetraba en el edificio.

—¿Señorita Randall?

Gladys lucía un vestido de noche de original escote, en forma de sujetador, anudándose al cuello y espalda

La mujer dirigió una suspicaz mirada a Garney

—Sí, yo soy

—Mi nombre es Garney. Walter Garney. Trabajo para Black Jack.

—¿Y qué?

Garney sonrió.

Ya había catalogado a Gladys.

—Voy a escribir un amplio artículo dedicado a la saga de los Backus. Con la señora Esther Backus termina la estirpe. Quisiera hacerte algunas preguntas.

—Acude a Donald o Debra —respondió Gladys, aceptando el tuteo—. Ellos llevan años al servicio de la señora Backus. Yo sólo estuve unos pocos meses.

—Te prefiero a ti.

La mujer se enfrentó a la insolente mirada de Garney.

—Un tipo listo, ¿eh? Creo comprender. Donald y Debra son fieles a la memoria de la señora Backus No han querido tratos contigo

—Correcto —reconoció Garney—. Incluso han rechazado mis cien dólares.

A los ojos de Gladys asomó un nuevo brillo.

—¿Has dicho doscientos?

—Okay. Doscientos dólares

—Sube, Walter.

Penetraron en el edificio.

El elevador lucia un amarillento cartel con la advertencia de «No funciona».

—Alquilé este apartamento hace aproximadamente un año —comentó Gladys iniciando la subida de la escalera—. Jamás he visto funcionar el ascensor. Espero no te importe hacer algo de ejercicio.

Garney no contestó.

Mantenía la mirada fija en el trasero de Gladys. En el sensual movimiento de sus ampulosas caderas

Gladys ladeó la cabeza.

Rió divertida, al sorprender el lujurioso brillo en los ojos de Garney.

—Sí. Seguro que no te importa.

Un octavo piso. En estrecha escalera de altos peldaños. Con paredes húmedas que pedían a gritos una capa de pintura.

La mujer abrió el bolso en busca de la llave.

Aquellos ocho pisos habían alterado el ritmo de su respiración Los exuberantes senos se habitaban descompasados bajo la tela del vestido. En sensual y provocativo palpitar.

Abrió la puerta del apartamento.

El living era casi inexistente. A la izquierda quedaba el pasillo. Frente a la entrada se veía la puerta del salón.

—Adelante, Walter. ¿Qué te parece mi cueva?

La mujer iluminó el salón.

El reducido mobiliario aparecía bañado por una fina capa de polvo. Los cortinajes del ventanal, primitivamente blancos, tenían ahora un tono amarillento. Los dos ceniceros repletos de colillas. En el mueble-bar varios vasos sucios y restos de sándwich.

—Una maravillosa pocilga.

Gladys volvió a reír en alegre carcajada.

—Tú lo has dicho, Walter. ¡Una pocilga! Desde que entré a trabajar para la señora Backus no habla vuelto por aquí. Pernoctaba en la elegante mansión. Esther Backus era insoportable, pero fue una gran suerte trabajar para ella.

—¿Quién te proporcionó el empleo?

—Un amigo de la señora Backus. Un viejo verde que conocí en un «party» para ejecutivos. El me recomendó a la señora Backus. No era mi ambición ser dama de compañía de una anciana caduca; pero terminó por gustarme el trabajo. Ahora todo se ha ido al diablo.

Gladys impulsó los zapatos.

Con un suspiro de alivio se dejó caer en el sofá, extendiendo los brazos por el respaldo. Aquello hizo que sus opulentos senos presionaran al máximo la tela del vestido.

—No te resultará difícil encontrar otro trabajo, nena.

—Adivino tus sucios pensamientos, Walter; pero ciertos trabajos no me

acaban de gustar. Ahora vengo de una fiesta privada organizada por el senador Sellers El haber trabajado para la señora Backus me ha sido muy útil. Si, pronto encontraré otro empleo

Garney acudió también al sofá.

Encendió un cigarrillo.

—Hablemos de la señora Backus.

—Poco puedo decirte. Apenas salía de casa. Su hobby era el cine, pero se limitaba a presenciarlo en casita. Con su fabuloso proyector y su filmoteca particular. Clark Cable. Gary Cooper, Greta Garbo, las viejas glorias entusiasmaban a la señora Backus. Algunas películas las veía una y otra vez. ¡Estaba chiflada!

—¿De qué murió?

Gladys le arrebató el cigarrillo.

Sus gordezuelos labios lo succionaron voluptuosamente.

—Para ser periodista estás muy mal informado, encanto. La señora Backus sufrió un ataque al corazón.

—¿Era propensa a ellos?

—En absoluto. Aunque sí es comprensible, dadas las circunstancias. Máxime en una persona del puritanismo de la señora Backus.

—¿Qué quieres decir?

Gladys volvió a reír.

—Fue algo divertido. La pobre señora Backus murió por presenciar una película pornográfica. No pudo resistirlo.

Garney entornó los ojos

Perplejo.

—¿Le gustaban ese tipo de filmes?

—¡Oh, no! Ese rollo llegó misteriosamente. Sin duda confundido entre las remesas de las distribuidoras cinematográficas. Incluso para mí pasó desapercibido. Yo era la encargada de archivar y clasificar los rollos; pero jamás había visto con anterioridad aquella cinta. La señora Backus empezó a gritar como una loca. Debo reconocer que no le faltaba motivo.

—¿Muy fuerte?

—Porno duro. Difícilmente superable. La policía me hizo pasar la bobina. No soy mojigata, Walter. Incluso en algunas fiestas privadas para ejecutivos se pasan películas porno. Creía haberlo visto lodo, pero aquello superaba la más retorcida y aberrante imaginación. De ahí la mueca de terror en el rostro de la señora Backus.

—¿Porno-terror?

Gladys chasqueó la lengua.

—Quiero decir... la película era netamente pornográfica. Con todos los clasicismos, llevados al más alto grado. Zoofilia, sodomía... degradantes escenas que causarían enojo en cualquier persona de mentalidad avanzada. Para Esther Backus fue demasiado. Quedó horrorizada. Si. Su rostro reflejaba terror. Sus gritos eran también de horror y angustia. Puede que te resulte

incomprensible, pero para la mentalidad de Esther Backus, todo aquello era en verdad, alucinante y monstruoso.

Garney quedo en silencio.

Pensativo.

Gladys aprovecho aquella pausa para incorporarse del sofá.

—Voy a cambiarme de ropa. Estoy estropeando uno cié mis pocos vestidos elegantes.

La mujer abandonó el salón.

A los pocos segundos llegó su voz.

—¡Eh, Walter!... ¿Puedes venir un momento?

Garney salió al corredor.

Una de las puertas aparecía abierta.

Correspondía al dormitorio.

Gladys estaba junto a la mesa de noche. Sobre la alfombra unos finos pantys. Había desatado el nudo del cuello, pero porfiaba con el lazo de la espalda.

—¿Quieres echarme una mano, Walter?

—¿Una sola? —sonrió Garney, avanzando hacia la mujer.

Manipuló en el lazo.

La parte delantera del vestido cayó hacia adelante, plegándose sobre la cintura.

Los prominentes senos de Gladys quedaron al descubierto. Milagrosamente erguidos. Duros. Desafiantes. Provocativos…

La mujer, indiferente a la presencia de Garney, deslizó el cierre lateral del vestido. Con un leve movimiento de caderas, hizo que cayera a sus pies. Su única vestimenta ahora era un diminuto slip en tul de nylon. Cala do. Muy transparente.

—Voy a tomar una ducha, querido. Si has terminado con tus preguntas, deja los doscientos dólares sobre la mesa de noche. No te olvides de cerrar la puerta al salir.

Gladys se Introdujo en el contiguo cuarto de baño.

Reapareció a los diez minutos.

Envuelta en una toalla de baño sostenida bajo las axilas.

—¿Aún estás aquí, Walter? —inquirió sin delatar sorpresa.

Garney, sentado al borde del lecho, esbozó una sonrisa.

—Queda una última pregunta, nena. ¿Conoces a Hall Williamson?

—Seguro. Un farsante. El profeta de la secta de «Los Adoradores». Todos los viernes acompañaba a la señora Backus para su sesión de espiritismo con el tal Williamson. Por supuesto, yo no entraba en el templo de «Los Adoradores». Cada sesión le costaba cinco mil dólares a la señora Backus. ¡Cinco mil dólares!

—¿En qué consistían esas sesiones?

—Ya te he dicho que yo no estaba presente, pero la señora Backus salía de ellas eufórica. Me comentaba su... su entrevista con Robert. Con su difunto

marido. ¡Muerto hace ya más de cuarenta años!
—Espiritismo…
Gladys hizo un mohín de desagrado
—La muy estúpida... ¡Cinco mil dólares por cada sesión de superchería! Los tres últimos viernes dejó de acudir al templo de Williamson. Creo que empezaba a percatarse del engaño.
—Tal vez no fuera un engaño
—¿Crees en esas cosas? —Rió Gladys—. ¿En el regreso de los muertos? ¡No seas ridículo!
—Tengo una mente muy primitiva.
La mujer arrugó graciosamente la nariz.
—Un cínico Eso es lo que eres. ¿Más preguntas, Walter?
—Ya es suficiente por hoy.
—Entonces suéltalos.
Gladys se interrumpió.
Sobre la mesa de noche estaban los billetes.
Trescientos dólares.
Posó su mirada en el sonriente Garney.
—¿Trescientos dólares?
—Ahá.
—¿Generosidad?
Walter Garney chasqueó la lengua.
—Lo suponía —sonrió Gladys—. ¿Qué quieres a cambio?
—Ya es muy tarde, nena. Circular por San Francisco a avanzadas horas de la noche puede resultar peligroso.
—Y quieres pasar aquí la noche.
—Correcto.
—¿Quién me asegura que no tratarás de abusar de mí?
—Por favor, Gladys —dijo Garney alargando la diestra para tirar de uno de los extremos de la toalla—. ¡Soy un caballero!
El escultural cuerpo de la mujer quedó al descubierto.
Gotas de agua aún se deslizaban por las pronunciadas curvas de sus senos, por el liso vientre, por las caderas...
Garney la atrapó ahora por la cintura.
Atrayéndola contra sí.
Cayeron abrazados sobre el lecho.
—Ni por un instante dudé de tu caballerosidad, Walter—jadeó la mujer antes de que sus labios quedaran vorazmente aprisionados por los de Garney.

CAPITULO IX

Walter Gurney salió de 1.288 de French Street.

Al acomodarse en el estacionado «Cobra II», encendió un cigarrillo. Consultó el digital del reloj.

Parecía indeciso.

Como sí dudara en la dirección a tomar.

Debía acudir aquella mañana a la redacción de Black Jack para presentar el artículo destinado a la sección «El criminal también gana»; pero eso podía esperar. Era un trabajo de archivo que se limitaba a desempolvar casos no solucionados. De no ser por Gladys, ya estaría escrito.

Su otra sección, «El crimen de la semana», no admitía demora. Antes de cuarenta y ocho horas tenía que estar en la mesa de redacción para poder salir en el próximo número.

Walter Garney había seleccionado la muerte de John McEveely.

¿John McEveely y Esther Backus?

¿También la del teniente Bronson?

¿Un mismo asesino?

Garney arrojó el cigarrillo por la ventanilla. En hábil maniobra, abandonó el estacionamiento enfilando por French Street.

Reconocía estar dando palos de ciego.

No tenía ninguna pista.

Una muñeca de sex shop, una película porno... Todo aquello era absurdo.

Con un solo punto en común.

Hall Williamson.

Si.

La secta de a Los Adoradores» era el lugar de partida.

El tránsito se fue haciendo más intenso al aproximarse a la zona de Fort Mason. Los habitantes de San Francisco acudían a sus respectivos puestos de trabajo, convirtiendo las calles de la ciudad en enloquecedoras riadas de vehículos.

Garney masculló una maldición.

Debió salir antes del apartamento de Gladys.

Terminó por esbozar una sonrisa.

No.

No lo lamentaba.

Jamás había aprovechado mejor trescientos dólares.

La información recibida también había sido valiosa. Jamás la hubiera obtenido del sargento Murphy. El detalle de la película pornográfica sería silenciado al igual que la existencia de «Jasmin».

Más de treinta minutos empleó en llegar a Lange Hill.

Detuvo el auto al inicio de Keach Road.

Del salpicadero, de un disimulado doble fondo, extrajo un «Smith &

Wesson». Calibre cuarenta y uno. Magnum. Con seis balas en el cilindro.

Walter Garney sonrió al ocultar el revólver en su costado izquierdo. Bajo el cinturón.

No tenía licencia de armas.

Un detalle sin importancia para Garney

Abandonó el vehículo caminando despreocupadamente por Keach Road.

El paso de peatones y vehículos era reducido. Pocos comercios. La mayoría de las casas destinadas a almacén.

Llegó ante el 738.

Garney encendió un cigarrillo.

La puerta metálica del barracón cerrada, y con barra de hierro de seguridad acoplada. La entrada contigua también cerrada y con candado.

Walter Garney dirigió una rápida mirada a izquierda y derecha

Del bolsillo de la chaqueta extrajo un juego de llaves.

Haciendo gala de una total indiferencia, manipuló en el candado. En menos de tres minutos franqueó puerta y candado.

Cerró tras sí.

Al otro lado de la hoja de madera también podía ser colocado el candado.

Garney, para evitar sorpresas, lo ajustó deslizando igualmente el pasador de la puerta.

Se encontraba frente a una pronunciada escalera

Inició la subida

En penumbras.

Al llegar al último tramo, diviso el largo y estrecho corredor. Allí la iluminación era mejor. La claridad del día se filtraba por los altos ventanales existentes en el barracón.

Desde allí, se dominaba Jodo el hangar.

Walter Garney se apoyó en la baranda.

Toda la planta baja ocupada por cajas, arcones, figuras, cuadros embalados, objetos antiguos, pilas de libros...

Una furgoneta frente a la puerta metálica.

Garney prosiguió su avance por la plataforma.

Al final del corredor estaba el despacho. La puerta entreabierta La estancia era reducida. Una mesa escritorio, dos sillas de armazón metálico y el archivador.

Accionó el interruptor de la luz, procediendo al registro.

Empezó por los cajones de la mesa escritorio. Unicamente descubrió papeles sin importancia. Relacionados con el transporte de mercancías hasta el almacén.

En el archivador tampoco encontró nada de interés.

Sólo un clasificador de las existencias del almacén.

El último de los cajones del archivador no cedió. Era el único cerrado con llave.

Walter Garney se inclinó procediendo a forzar el cierre.

Más resistente de lo esperado.

Después de repetidos intentos, logró bajar el cierre.

Tiró de la anilla del cajón.

Apenas entreabrió, algo negruzco, peludo y pegajoso saltó hacia el rostro de Garney.

El movimiento de Walter Garney fue instintivo.

En un alarde de reflejos.

Ladeó la cabeza, a la vez que con el brazo derecho apartaba la viscosa araña.

Garney, perdido el equilibrio, gateó distanciándose veloz del archivador. Al llegar junto a la mesa, se incorporó.

La araña avanzaba hacia él.

Una araña grande. Deformemente hinchada. Velluda. De gruesos ganchos sobresaliendo de su boca.

Walter Garney, dominado ya su sobresalto, propinó un puntapié al repulsivo arácnido.

Fue entonces cuando escuchó el gemido.

Muy tenue.

Procedente de la tarántula.

El arácnido había sido proyectado contra el archivador. Quedó patas arriba. Mostrando su rojiza y palpitante parte ventral. Pronto se enderezó. Su velloso tórax pareció ennegrecer aún más.

De nuevo avanzó hacia Garney

Emitiendo leves gemidos.

Extraños sonidos.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Garney.

Podía aplastar a la araña. Pisotearla. Propinarle otro puntapié..

Nada de eso hizo.

Walter Garney retrocedió, cerrando precipitadamente la puerta del despacho.

A grandes zancadas recorrió la plataforma hasta llegar a la escalera, cuyos peldaños descendió de dos en dos.

Se detuvo jadeante en el último escalón

Encendió un cigarrillo.

Ya más calmado maldijo interiormente su absurdo miedo a una vulgar araña.

¿Vulgar?

Walter Garney trató de convencerse de que aquellos extraños sonidos eran propios en las tarántulas. Al igual que el ronronear de un gato.

Sí.

Nada había de sobrenatural.

Fue un estúpido al dejarse dominar por el miedo.

Con el cigarrillo humeando en los labios, descendió la pequeña rampa que conducía al hangar.

Pasó ante la furgoneta rotulada por ambos lados con las palabras «Williamson Anticuario».

Era difícil deambular por la planta baja, donde infinidad de objetos de todos los tamaños se amontonaban desordenadamente.

Una de las figuras llamó la atención de Garney

Yacía en el interior de una rectangular caja de madera. Protegida con virutas. Una figura de tamaño natural.

De mármol.

Representaba a un hombre de ondulados cabellos. Totalmente desnudo. Con una serpiente que le envolvía a lo largo del cuerpo. Sus facciones eran correctas. Incluso resultarían atractivas, de no ser por aquellos ojos Dos esferas negras que ocupaban el lugar de las vacías cuencas.

Dos negros círculos que contrastaban con el níveo mármol.

—Su nombre es Samael, El Angel de la Muerte.

Walter Garney dio un respingo ante la voz que, súbitamente había surgido a su espalda.

Giró con rapidez.

Enfrentándose con un sonriente individuo.

Un hombre de unos treinta y cinco años de edad. De enteca figura. Rostro blanquecino, delgado, con la piel materialmente pegada a los huesos. Ojos hundidos, color ágata de siniestro brillo. Vestía una larga túnica con un extraño dibujo en el pecho. Un triángulo negro en cerrado en un círculo rojo.

—¿Quién es usted?—inquirió Garney.

—Esa pregunta debería formularla yo. Soy el propietario del almacén.

—¿Hall Williamson?

En los negros ojos del individuo se acentuó el extraño brillo.

—En efecto. Ese es mi nombre.

Garney forzó una sonrisa.

—Yo soy Walter Garney. Periodista en Black Jack. El editor me encomendó unos artículos sobre las sectas que proliferan en San Francisco. En especial, las de Lange Hill. «Los Adoradores» me pareció la más interesante y decidí husmear por mi cuenta. Ruego disculpe mi atrevimiento. Los periodistas tenemos que ser audaces para lograr algo que

—Lo comprendo —interrumpió secamente Williamson—; pero me temo que equivocó el lugar. Este no es el templo de «Los Adoradores», sino uno de mis almacenes. Todos estos objetos son para mis tiendas de antigüedades Ajenas por completo a «Los Adoradores»

—Me informaron de que tal vez le encontraría aquí Reconozco que hice mal en entrar sin autorización.

—La culpa fue del guardián. Olvidó cerrar la puerta y pasar el candado. Yo mismo me he sorprendido ahora al ver todo abierto. ¿Ya ha terminado de husmear?

—Mi única intención era hacerle una entrevista.

—No va a ser posible, señor Garney. «Los Adoradores» no necesitamos

publicidad y tampoco pregonamos nuestras creencias. Por supuesto no puedo prohibirle escribir sobre la secta o asistir a una de mis sesiones públicas; pero ninguna información recibirá de mí, ni de mis seguidores. Lo lamento

—¿Acaso tienen algo que ocultar?

Hall Williamson sonrió.

En desagradable mueca.

—Puede acudir libremente a una de mis sesiones de divulgación, Garney

Avanzaron hacia la escalera.

Fue entonces cuando Walter Garney se percató de que la puerta continuaba cerrada y con el candado intacto. Tal como él la dejó.

—¿Por dónde ha entrado, Williamson?

—Por la puerta —sonrió Hall Williamson, señalando la hoja de madera Ya le he dicho que me sorprendió verla sin el candado. Al entrar, lo coloqué. Creí que no había nadie. Me permite...

Williamson quitó el cerrojo.

—Imposible que entrara por aquí, Williamson. Yo ajusté el candado y, lógicamente, nadie puede abrirlo desde el exterior.

—No hay otra puerta, descontando la del paso de vehículos. Sufre un error. Garney No colocó el candado

Walter Garney fijó su mirada en el individuo

Fríamente.

—¿Conoce Black Jack?

—No. No me interesa ningún tipo de publicación actual.

—Black Jack está dedicada principalmente al mundo del crimen. Crónica negra. Esa es mi especialidad.

—Dudo entonces que le interesen «Los Adoradores».

—Sí me interesa usted. Williamson. Estoy investigando las muertes de John McEveely. Esther Backus y Cyril Bronson

—Sólo conozco a la señora Backus. Su muerte ha sido muy sentida.

—¿A pesar del millón de dólares?

El macilento rostro de Hall Williamson volvió a dibujar aquella sonrisa desagradable.

—Ese dinero será bien recibido en la obra, pero no reemplazará a la señora Backus.

—No les conozco. Bueno .. El teniente Bronson cruzó unas palabras conmigo.

—Yo proseguiré la labor del teniente. Williamson.

—El tono de su voz parece encerrar una amenaza ¿Estoy equivocado?

Walter Garney no respondió.

Limitándose a dirigir a Williamson una última y fría mirada.

Abandonó el edificio caminando hacia el estacionado «Cobra II».

Poco más tarde se alejaba de Keach Road a gran velocidad Fue al doblar una de las esquinas, aún en pleno Lange Hill, cuando frenó con estridente chirriar.

Evitando así el atropellar a la muchacha que corría hacia el «bus».

—¡Maldita sea!... ¿Está...?

Garney se interrumpió al reconocer a la joven.

También Cynthia le identificó.

—Podría denunciarte, Walter —sonrió la muchacha—. Ibas a velocidad no permitida.

Garney correspondió a la sonrisa femenina.

Abrió la portezuela.

—¡Sube!

Cynthia aceptó la invitación acomodándose en el asiento. La corta falda quedó a mitad del muslo.

—Te lo agradezco, Walter. Tengo el auto averiado y odio el «bus» con sus aglomeraciones.

—Comprendo. Hay tipos que se aprovechan de los apretones, ¿verdad?

La muchacha apartó la diestra de Garney que, distraídamente, se había posado sobre su rodilla.

—Sí Siempre hay aprovechados.

—¿Almorzamos juntos?

—Bueno. Ya he ocupado bien la mañana. Gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí. Por hablarme ayer de «Los Adoradores». Vengo ahora mismo de una de las sesiones públicas de Hall Williamson Dos horas muy interesantes. Hall William son es un individuo fascinante.

El «Cobra II» reanudó la marcha.

—¿Le has visto?

—Sí, Walter. Incluso me acompañó hasta la salida del templo.

—¿Cuándo fue eso? ¿A primeras horas de la mañana?

—Ahora mismo. No hace ni cinco minutos que me he despedido de Williamson. La sesión empezó a las diez. Ahora son las... doce y ocho minutos. Dos horas de plática ininterrumpida.

Garney tragó saliva.

—Eso... eso no es posible. Cynthia. Yo he estado con Williamson hace unos quince minutos. En Keach Road.

—Debes sufrir un error. Puede que no fuera Williamson.

—Un tipo joven, pálido, delgado, con una túnica...

—Con un triángulo negro encerrado en un círculo rojo —concluyó la joven.

—Sí. Eso es. Si estaba conmigo en el almacén de Keach Road... no podía estar en su templo de la Wood Avenue. ¿Cómo diablos puede estar en dos sitios a la vez?

Garney y Cynthia intercambiaron una mirada.

También un mutuo miedo.

CAPITULO X

—Bilocación.

—Yo tomare un *beefsteak*

Cynthia no pudo reprimir una cantarina carcajada.

—Eres incorregible, Walter. Bilocación es un término empleado en parapsicología. Define la presencia simultánea de una persona en dos lugares distintos. El cuerpo astral abandona el físico, desplazándose por su cuenta.

—Qué bien.

Cynthia hizo una mueca.

Molesta por el escepticismo de Garney.

—Todos poseemos un cuerpo físico, otro astral y un tercero espiritual. Trota de entender. Walter. El astral es un doble etéreo del cuerpo físico Hay individuos con poderes psíquicos o demoniacos, capaces de maniobrar sobre su cuerpo físico a través del astral y viceversa. Son hechos demostrados. Incluso por los parapsicólogos más exigentes. ¿Por qué rechazas la teoría? Tú mismo has tenido ocasión de comprobarlo. Te encontraste con Hall Williamson cuando…

—De acuerdo, maldita sea —interrumpió Garney—. ¡Está bien!

Cynthia sonrió.

Se encontraban en la barra de un self-service

Con sendas bandejas acudieron a tomar asiento ante una de las mesas.

—Te comprendo, Walter. Es difícil aceptar lo incomprensible Lo sobrenatural. Lo fantástico... pero existen fenómenos que, de ser conocidos por el gran público, sembrarían el terror.

Garney no hizo ningún comentario.

Tampoco Cynthia añadió nuda más.

Se limitaron a consumir el plato combinado seleccionado.

—¿Qué opinas de Hall Williamson? —interrogó Garney, encendiendo un cigarrillo.

Cynthia dejó la lata de cerveza sobre la mesa. Se limpió los carnosos labios con la servilleta de papel.

—Sus sesiones públicas son intrascendentes. Destinadas a ganar posibles clientes.

—¿Clientes o seguidores de la secta?

—Más bien clientes. Sus sesiones privadas de espiritismo son la principal fuente de ingresos. Yo misma he solicitado una de esas sesiones. Me ha dado hora para dentro de quince días. Quise echar un vistazo a las salas interiores del templo, pero está prohibida la entrada. Sólo los pertenecientes a la secta de «Los Adoradores» pueden pasar.

—Es un embaucador.

La joven movió lentamente la cabeza.

—No, Walter. No lo creo. Hall Williamson está dotado de un poder mental

extraordinario. Hizo experimentos de levitación, telequinesia

—Magia

—Aquello no era obra de un mago. Sé distinguirlo perfectamente. El propio Williamson confesó que su poder y conocimientos, los había adquirido del estudio de las Ciencias Ocultas y los Libros Prohibidos. Para sus sesiones de espiritismo, invoca la ayuda de Satán. No mentía, Walter. Hall Williamson, al darme a conocer como la hija del profesor Lloyd, me permitió ver parte de su biblioteca privada Una fabulosa colección de libros antiguos. Especialmente grimorios, los textos del satanismo y la brujería. El Grimorio del Papa Honorio en su edición romana de 1670, Clavículas de Salomón, Los secretos del infierno publicados en Nimes allá por el año 1522... Libros satánicos que encierran poderes aún más infernales. También me habló de otro libro, aunque no figuraba en aquella biblioteca. Lo mantenía en lugar secreto. Se trata del Al Azif.

La muchacha fijó su mirada en Garney.

Esperando algún comentario.

Al no recibirlo, añadió:

—Creí que te resultaría familiar. Al Azif es el libro más prohibido de la historia de la humanidad. Sólo existen tres copias conocidas: en la Biblioteca Nacional de Londres, en el Vaticano y en China. Fue escrito por un filósofo árabe en el siglo VIII después de Cristo. En él se revela el modo en que los muertos pueden ponerse en contacto con los vivos. Lovecraft, el escalofriante escritor norteamericano, aseguró haberlo leído Hall Williamson dice tener el original

Garney sonrió.

Muy forzadamente.

—Lo estás consiguiendo, nena. Empiezo a sentir miedo.

—Mi consejo es que te apartes de Williamson. No es un hombre como los demás.

—Para mí es un asesino. No tengo pruebas, pero las conseguiré. Y sufrirá el castigo de la ley.

—Sigues sin comprender —murmuró Cynthia—. No se puede combatir a Williamson con un revólver. Hay que utilizar sus mismas armas. El satanismo tiene puntos vulnerables.

—Dime un par de ellos.

—¡Oh, Walter!... Sería necesario investigar en profundidad las actividades de Williamson, su vinculación a Shazbet, su pacto con los espíritus malignos ...

Garney aplastó el cigarrillo.

Abrió la chaqueta para mostrar la culata del revólver.

—No menospreciaré esos poderes diabólicos de Williamson, pero creo que de poco le servirían con una bala entre ceja y ceja. ¿Qué opinas?

—Correcto, Walter. Una bala entre los ojos acabaría con él. Solo que dudo que lograras apretar el gatillo

—Gracias por animarme. ¿Nos vamos?

La muchacha le retuvo por el brazo impidiendo que se incorporara de la silla

—Por favor, Walter trato de ayudarte. Me has hablado de tu visita al barracón, de la araña ¿qué más había allí? ¿Qué otra cosa te llamó la atención?

—Nada La súbita aparición de Williamson interrumpió mis pesquisas. En el almacén sólo había trastos antiguos… figuras... Una de ellas representaba a un demonio llamado Samael. El propio Williamson me lo presentó.

—Samael no está considerado como un demonio. Es uno de los ángeles malos. El Angel de la Muerte. Casado con Iset, Angel de la Prostitución. Samael fue el que colaboró con la serpiente para seducir a Eva y se le considera como el verdadero padre de Caín

—Le puso los cuernos a Adán, ¿eh?

Cynthia sonrió.

—Muy apropiada tu ironía. Walter. Apuesto a que desconoces la leyenda según la cual el seductor regaló a Eva sus dos cuernos. Y ella se los ofreció a Adán. De ahí la frase de «llevar los cuernos», que se aplica al marido burlado

—¿Es cierto eso?

—Todo cuanto te digo es cierto.

—Empieza a resultar todo muy interesante. Prometo leer tu libro, Cynthia. No dudo que será...

Garney se interrumpió ante la llegada de uno de los empleados del local.

—¿Señor Garney?

—Sí, yo soy.

—Tiene una llamada telefónica, señor. Se la hemos pasado a la cabina dos.

Walter Garney arqueó las cejas.

Perplejo

Lentamente se incorporó acudiendo a las cabinas situadas al fondo del self service.

Atrapó el auricular.

—¿Sí?

Una voz femenina le llegó a través del micro.

Excitada.

—¿Walter? Soy Gladys. Necesito verte. ¡Es muy urgente!

—¿Cómo has dado conmigo, Gladys? ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—¡Eso no importa ahora! —cortó la mujer nerviosamente—. Estoy en mi apartamento, Walter. Ven de inmediato. Es algo relacionado con Williamson. ¡Te espero!

—¡Gladys!

Había cortado la comunicación.

Walter Garney salió de la cabina.

Pensativo.

Dominado por negros presagios.

* * *

El «Cobra II» se detuvo trente al 1.288 de French Street.

—¿Sigues empeñada en esperarme?

—Me agradaría más subir contigo, Walter.

—No. Tu presencia podría cohibir a Gladys. ¿Por qué no te marchas a casita?

—Me has contado todo el caso, Walter. Lo de McEveely, Esther Backus, Bronson. Y empiezo a lamentarlo.

—Quiero ayudarte. Vas a necesitar esa ayuda, Walter. Con mis conocimientos de...

Garney se ladeó en el asiento para poder atrapar los hombros femeninos.

La atrajo contra sí.

Aplastando su boca contra la de Cynthia.

—Esta es la única forma en que puedes ayudarme, nena.

Walter Garney descendió del auto.

Dejando tras sí a una estupefacta Cynthia, que aún no había logrado reaccionar.

Los altos escalones de aquellos ocho pisos fueron nuevamente recorridos por Garney.

Llegó ante el apartamento de Gladys.

Pulsó el llamador.

La puerta se abrió casi de inmediato.

Gladys apareció luciendo un corlo vestido camisero de escote en pico y cierre lateral. Un mechón de cabellos caía sobre la frente de la mujer.

—Entra. Walter.

Garney obedeció.

Gladys cerró la puerta ajustando la cadena de seguridad.

Giró posando su mirada en Garney Aquel movimiento hizo visible el bulto de la frente. Hasta entonces oculto por el mechón de cabellos.

Garney se percató de aquella protuberancia.

¿Qué te ha ocurrido en la frente, Gladys?

La mujer no respondió.

Su rostro pareció sufrir una transformación Endureció las facciones a la vez que a sus ojos asomaba un fuerte brillo.

Empezó a reír.

Ronca.

Gutural.

Y entonces habló.

Una voz que no pertenecía a Gladys.

Insensato ignorante Vas a pagar tu osadía. Walter.

Garney palideció.

Aquella voz.

La reconoció al momento.
Era la voz de Hall Williamson.
Hablaba por boca de Gladys.
—¿Qué... qué significa? —Garney retrocedió instintivamente hacia el salón.
—¿Aún no lo comprendes, estúpido? ¿Creías poder burlarte de las fuerzas del Averno sin recibir castigo?
Un frío sudor empapó el cuerpo de Garney.
Impresionado.
Dominado por el miedo.
Sí.
Resultaba alucinante oír la voz ronca de Williamson en los labios de la bella Gladys.
Atrás, Gladys... No quiero hacerte daño
La mujer rió en atronadora carcajada.
Una demoniaca risa que erizó los cabellos de Garney.
—Iluso... tú no puedes hacerme daño alguno... ¿qué puedes tú contra los protegidos de Sarán?
Gladys tendió sus manos.
Con los dedos engarfiados.
Y sus uñas empezaron a crecer.
Alargándose.
Ante los aterrorizados e incrédulos ojos de Garney.
El ataque de Gladys se vio acompañado de un infrahumano grito. Proyectó su mano derecha contra el rostro de Garney. Con aquellas largas y curvas uñas. Como una auténtica zarpa.
Walter Garney reaccionó.
Esquivó el zarpazo a la vez que golpeaba el estómago de Gladys.
—¡Lo lamento, Gladys!
La mujer no pareció acusar el impacto
De nuevo se abalanzó sobre Garney.
La infancia de Garney había transcurrido en los muelles de San Francisco. En reformatorios Entre maleantes. Después, en un deseo de encauzar su vida, quiso servir a la sociedad. Su paso por el FBI. Su enfrenta miento con la corrupción. Eran muchos los golpes recibidos Tenia experiencia. Un valor suicida. El del hombre eternamente acorralado. Acostumbrado a la violencia.
De ahí que no dudara en responder al ataque con toda brutalidad.
Difícilmente había esquivado el segundo ataque de Gladys.
No le daría una tercera oportunidad.
Con el dorso de la mano derecha aplicó un trallazo al pecho de Gladys alcanzando de lleno su seno izquierdo. Un golpe sistemáticamente acompañado de salvaje puntapié al bajo vientre
Gladys cayó ante la brutal violencia de los dos impactos.
Y desde el suelo, en Inverosímil salto, se abalanzó sobre Garney

atrapándole por los tobillos

Le hizo perder el equilibrio.

Garney no logró zafarse del abrazo de la mujer.

Todo lo contrario.

Gladys ya le atenazaba por la cintura. Extendió la diestra que alcanzó el cuello de Garney bajando luego por el pecho.

Walter Garney aulló de dolor.

La zarpa de Gladys había desbarrado la camisa.

Cinco sanguinolentos surcos se dibujaron en el pecho de Garney. Desde el cuello hasta la cintura.

Su grito de dolor quedó ahogado por la desaforada carcajada de Gladys

Garney hizo un brusco quiebro a la vez que empujaba violentamente a la mujer para librarse de su peso

Gladys rodó por el suelo.

Se incorporaron al unísono

Los labios de Gladys azulados. Escupiendo espuma por la boca. Los ojos llameantes. Las facciones desencajadas.

—No lograrás escapar, Walter te están esperando... tienes las puertas del infierno abiertas para ti...

Garney se adelantó al ataque de la mujer.

Un golpe de karate.

Tegatana

El pulgar encorvado y los cuatro dedos restantes extendidos y juntos.

Sobre el cuello de Gladys. En la carótida. Un golpe capaz de repercutir en el corazón por medio del nervio simpático.

Walter Garney, en su deseo de no ocasionar la muerte de la mujer, había amortiguado la violencia del impacto; aunque suficiente para dejar fuera de combate a cualquier contrario.

No ocurrió así con Gladys

Seguía en pie

Avanzando hacia Gurney.

Acorralándole Junto al ventanal del salón.

—¡Quieta. Gladys! —Garney extrajo el revólver—. ¡Un paso más y te vuelo la cabeza!

La mujer rió gutural.

Aquellas roncas carcajadas, la voz de Williamson brotando de Gladys...

—Dispara, Walter, dispara... Pobre iluso Ha llegado el gran momento. Satán te espera.

—¡Atrás, Gladys! No me obligues...

—Cuando llegues al infierno sí creerás en el poder de nuestro emperador Lucifer, en la sabiduría de nuestro príncipe Belzabuth, en la fuerza del duque Astaroth

La espalda de Garney tropezó con el cristal de la ventana.

Imposible retroceder más.

Y Gladys ya estaba sobre él.

Extendiendo sus manos. Con las uñas ensangrentadas.

Walter Garney apretó el gatillo.

Apuntando al hombro izquierdo de Gladys. Con el solo deseo de herirla y detener su avance.

Ningún disparo.

El revólver estaba encasquillado.

—¿Te das cuenta. Walter? —Rió Gladys en demoniaca carcajada—. Nada puedes hacer contra las fuerzas del mal. Escucha es la voz de Satán... ¡Te espera!

La mujer saltó sobre Garney.

No le encontró.

Walter Garney se había arrojado al suelo esquivando el ataque.

Aquello hizo que Gladys se proyectara violentamente contra el ventanal. Rompió los cristales. Sin dominar su impulso, se precipitó al vacío.

Garney trató de retenerla, pero sólo un trozo de vestido quedó entre sus manos.

El desgarrador alarido de Gladys se quebró al entrar en contacto contra el asfalto.

CAPITULO XI

—¡Hay que avisar a una ambulancia!

Está muerta

El círculo de curiosos iba aumentando en el lugar del suceso. Rodeando el cadáver de Gladys.

También Cynthia se había aproximado.

Gladys yacía con los brazos en cruz. La cabeza destrozada por el brutal choque contra el asfalto. Un charco de sangre se iba extendiendo bajo el cadáver.

Se escucharon unos gritos procedentes del 1.288 de French Street.

Apareció Walter Garney.

Jadeante.

Con la camisa desgarrada y ensangrentada.

Cynthia corrió a su encuentro.

—¡Walter! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Adentro, Cynthia! —Gritó Garney abriendo la portezuela del auto— . No es momento de explicaciones

Una mujer empezó a gritar asomada a uno de los ventanales del quinto piso.

Garney ya había pisado a fondo el acelerador.

Alejándose veloz sin que ninguno de los allí presentes reaccionara.

—Maldita sea. De seguro que han tomado el numeró de la matricula. Una de las vecinas me vio salir del apartamento de Gladys.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Esa muchacha era…?

—Sí, Gladys Randall. Cayó por la ventana.

—El huir te hará sospechoso. La policía puede creer que tú la empujaste.

Walter Garney, con el rostro crispado y bañado en sudor, dirigió una fugaz mirada a la joven.

—Mi declaración haría reír a la policía. No puedo decirles que.. ¡Dios! Fue alucinante. Gladys me atacó. Su voz su voz era la de Hall Williamson. ¡Era la voz de Williamson! ¡Tienes que creerme, Cynthia!

—Te creo, Walter. He visto su cuerpo. Los labios azulados, ese bulto en la frente significa que estaba poseída por el diablo.

Garney se pasó el dorso de la mano por la frente.

Aminoró la velocidad del vehículo para no ser detenido por infracción.

—Sus uñas empezaron a crecer me atacó con una fuerza impropia de su sexo. No acusaba mis golpes Al esquivar uno de sus ataques, se precipitó al vacío. No pude retenerla... no...

—Tranquilízate. Walter. Vamos a mi casa. Te limpiaré las heridas.

—No es nada. Son unos arañazos. Aún dudo, Cynthia. No puedo creerlo. Es como una horripilante pesadilla La voz de Williamson, su risa demoníaca en boca de Gladys...

—Te asombras de algo que ha existido desde el comienzo de los siglos. Las fuerzas del Maligno siempre han dominado sobre la Tierra, Walter. En su lucha constante contra las del Bien. El hombre de hoy, con su arrogancia, las considera supercherías, propias de la Edad Medía. No cree ni en Dios ni en el Diablo. Y ambos existen.

Garney guardó silencio.

Un silencio que se prolongó durante todo el trayecto.

—Para aquí un momento, Walter. Te compraré ropa en esos almacenes.

La muchacha retornó a los pocos minutos portando un voluminoso envoltorio.

Más tarde penetraron en el apartamento de Cynthia

Walter Garney acudió directamente al mueble-bar del salón para coger una botella de whisky Aplicó el gollete a los labios. Sin molestarse en buscar vaso.

—Ven, Walter. Hay que limpiar esas heridas.

Garney siguió dócilmente a la joven.

Fueron a uno de los dormitorios.

Mientras Cynthia rebuscaba en el botiquín del cuarto de baño, Garney procedió a despojarse de la chaqueta y la camisa.

El regreso de la joven le sorprendió contemplando fijamente el «Smith & Wesson».

—Disparé el revólver, Cynthia. Apuntando al hombro de Gladys. El arma no funcionó.

Cynthia esbozo una sonrisa.

—No aprietes ahora el gatillo, Walter, La detonación alertaría a los vecinos. Apuesto a que no llegaste a apretar el gatillo en el apartamento de Gladys. Creíste hacerlo. Jugó con tu mente.

Garney movió la cabeza.

—Estoy seguro... Sí... Apreté el galillo.

—No. Walter. Esa era tu intención. El extraordinario poder mental de Williamson te lo hizo creer. Cualquier persona con fuerte poder psíquico puede dominar la mente de otra. Tú, afortunadamente, no eres presa fácil para Williamson. Con el teniente Bronson le resultó más sencillo.

—Pero

—Acuéstate. Walter.

Garney se tendió sobre el lecho.

Los cinco surcos sanguinolentos eran profundos. La piel había sido arrancada a tiras.

Cynthia procedió a desinfectar cuidadosamente las heridas.

—Tienes que contarlo todo a la policía, Walter. Sé que la historia puede resultar fantástica e inverosímil; pero mi testimonio te ayudará a convencerles

—Lo dudo. No tengo buenos antecedentes. Cynthia. Hasta los dieciocho años frecuenté todos los reformatorios y correccionales de la zona. Bajo la protectora tutela del Estado, se me encauzó para servir a la sociedad. Me

inculcaron la defensa de la verdad, la ley y la justicia. Estudié de firme. Cuando formulé el deseo de ingresar en el Federal Bureau oí Investigaron, no hubo reparos. Y en el FBI descubrí que la verdad era disimulada, que existía la corrupción, que se burlaban de la justicia Quise denunciar todo eso y fui expulsado con deshonor. Igual ocurrió con mi actividad como investigador privado Es peligroso atacar a los VIP. No se puede acusar u un senador de sobornos, chantaje y...

Cynthia le interrumpió con un beso.

Descansa. Walter. Necesitas descansar.

—Dudo que pueda…

—Sí. Walter. Cierra los ojos. Puedes descansar. Debes hacerlo Cierra los ojos... Así.

La joven procedió a dar leves masajes en las sienes de Garney.

Rítmicamente

—Descansa. Walter Duerme...

Minutos más tarde. Walter Garney dormía profundamente.

* * *

Walter Garney dio un respingo quedando sentando en el lecho.

Despertó bañado en sudor.

La estancia en completa oscuridad

Una oscuridad intermitentemente rota por la luz del luminoso de neón del edificio frontal, proyectada sobre el ventanal del dormitorio.

—¡Cynthia!

Unos pasos sonaron por el corredor.

Cynthia accionó el interruptor iluminando la habitación.

—Hola. Walter. ¿Cómo te encuentras?

Garney forzó una sonrisa.

Creo que mejor

—Has dormido cerca de tres horas. Ya es medianoche.

—Me parece imposible que haya podido conciliar el sueño.

—Yo te hice dormir, Walter

—¿Que tú?

—Ahá. Es sencillo sonrió la muchacha—. Todos nacemos con poderes mentales, pero muy pocos los desarrollan. ¿Quieres cenar algo?

—No. Tomaré una ducha ¿Que has estado haciendo tú?

—Documentándome. En la biblioteca privada de mi padre. Todo lo relacionado con Shazbet No es mucho. Shazbet es un legionario más a las órdenes de Belcebú para la Gran Búsqueda. Con facultad para transmitir poderes a los que le son fieles. Todos los dedicados a la Gran Búsqueda llevan como emblema un triángulo negro, encerrado en un círculo rojo; pero con diferentes e indescifrables dibujos y signos cabalísticos. Hall Williamson ha hecho un pacto con el diablo. Puede incluso, que sea uno de ellos.

Garney se había incorporado del lecho

—Un diablillo, ¿eh?

—Producto de la unión carnal de espíritus malignos con seres humanos. Es el método de Shazbet para agenciarse fieles servidores.

—Muy interesante. ¿Me preparas un «Manhattan»? Esto es muy…

Garney se introdujo en el contiguo cuarto de baño.

Dejando a la muchacha con la palabra en la boca.

Cuando minutos más tarde, retornó al dormitorio. Cynthia seguía deambulando nerviosamente por la estancia. Con un pequeño libro de desgastadas tapas en sus manos.

—¿Y el «Manhattan»?

—¡Oh, Walter! No puedes seguir fingiendo. ¡Tú conoces el peligro! Sólo con mi ayuda lograrás vencer a Williamson

—¿Está la solución en ese libro? —Garney se aproximó—. Un poco amarillento... ¿Latín?

—Sí, Walter. Es latín. Sigilum Diabolicum. Publicado en Ginebra, en 1523. Su autor fue quemado en la hoguera. Todos los legionarios de Belcebú son representados con alas de murciélago y un anillo de fuego a la cintura. Si Hall Williamson es encerrado en un círculo de fuego no logrará salir de él, pero es necesario realizar un conjuro que...

Garney alzó la barbilla de la muchacha.

La besó en los labios.

—No te molestes más, nena. Cuando necesite ayuda buscaré en la sui a telefónica. En la sección destinada a los exorcistas.

—¡Williamson no está poseído por el diablo! ¡Es el diablo! ¡Es uno de ellos!

—Iré a prepararme el «Manhattan».

Garney abandonó la estancia.

Resultó cómico con aquel pijama adquirido por Cynthia. Corto en las mangas y en el pantalón.

La muchacha permaneció unos instantes inmóvil.

En el centro de la habitación.

Con el libro en las manos.

Lentamente lo depositó sobre la mesa de noche. Accionó el pulsador del cabezal desconectando la lámpara del techo

Acto seguido procedió a desabotonar la blusa. También deslizó la cremallera de la falda. Ambas prendas cayeron sobre la alfombra. Se despojó de las finas medias.

Su cuerpo, recortado por la tenue luz del cabezal, sólo protegido por dos diminutas prendas íntimas.

Se desprendió del sujetador

Los senos de Cynthia eran pequeños. Erguidos. Macizos.

Introdujo los pulgares bajo el minúsculo slip de negro encaje. Movió las caderas deslizando la prenda que quedó enrollada en uno de los tobillos.

La proyectó hacia la puerta

Walter Carney llegaba por el corredor.

Con un vaso en la zurda.

Se detuvo bajo el umbral.

Sorprendido por la penumbra reinante en la habitación.

Se inclinó para recoger la prenda femenina. La fina tela pareció quemar su mano.

Avanzó.

El vaso quedó junto al *Sigilum Diabolicum* Cynthia estaba sobre el lecho.

Con la sábana hasta el cuello.

Se miraron a los ojos.

Sobraban las palabras.

CAPITULO XII

Walter Garney se incorporó del lecho.

Muy despacio.

Tomó el «Smith and Wesson» y demás pertenencias de la mesa de noche. Del cuarto de baño recogió los zapatos. Sin calzarse se encaminó hacia la puerta.

Antes de salir del dormitorio dirigió una mirada a Cynthia.

La muchacha dormía. La sábana a los pies Descubriendo la perfección de su cuerpo. El acompasado subir y bajar de sus senos, el leve palpitar de su liso vientre...

Garney esbozó una sonrisa.

Avanzó por el corredor.

Hacia el salón.

Allí estaba el resto de la compra efectuada por Cynthia. Una chaqueta de cuero, jersey cuello cisne, pantalón a juego, ropa interior, calcetines

Walter Garney volvió a sonreír.

Cynthia era una muchacha encantadora.

Demasiado buena para un individuo como Garney.

Procedió a vestirse.

Ahora con rapidez.

Introdujo el revólver en el bolsillo interior de la chaqueta.

Al abandonar el apartamento consultó el reloj de pulsera. Todavía faltaban un par de horas para el amanecer.

Se situó frente al volante del «Cobra II».

Las calles de San Francisco desiertas.

Disfrutando aún de la relativa soledad de la noche.

En espera de un nuevo y agitado día.

Aquella carencia de tránsito le permitió llegar hasta Lange Hill en un tiempo récord.

Se adentró por Roth Street

Su destino era el templo de «Los Adoradores»

En la Wood Avenue.

La calle, pródiga en sectas pseudorreligiosas, en tugurios gay, en pabellones punk, en decadentes hippies.

Walter Garney detuvo el vehículo.

Descendió.

El templo de «Los Adoradores» era una casa similar a las demás de Wood Avenue. Sólo destacaba su fachada de ladrillo rojizo y la semicircular puerta de entrada. Unicamente eso.

Sin embargo...

Garney, muy a su pesar, se percató de que algo fantasmal flotaba sobre aquella casa. Un halo sobrenatural y maligno parecía envolverla.

Llegó ante la semicircular puerta
Ninguna cerradura.
Walter Garney bordeó la fachada adentrándose por un estrecho callejón. Allí descubrió el metálico tramo de escalera que conducía a una puerta de servicio.
Subió los siete peldaños.
Con su juego de llaves manipuló en la cerradura hasta conseguir abrir la puerta. Se encontró frente a un largo y ancho corredor.
Envuelto en la oscuridad
Garney encendió la minilinterna.
Al cerrar la puerta fue cuando se percató del sistema de seguridad existente. Un «electric-eye alarm» que sin duda había delatado su entrada.
En efecto
El corredor se iluminó súbitamente.
Aparecieron dos individuos.
De cabeza rapada
Corpulentos
Sin mediar palabra alguna se abalanzaron sobre Garney.
El primero en atacar fue el menos afortunado.
Walter Garney tendió su diestra. Replegados el anular, meñique y pulgar. Tensos el índice y medio.
Un brutal y prohibido golpe de karate a los ojos del individuo seguido de otro en la carótida
El tipo se desplomó sin un solo gemido.
El segundo individuo había atacado a Garney por la espalda Aferrándole por el cuello.
Garney proyectó el codo derecho hacia atrás. En un plano horizontal Hacia el plexo solar de su contrario.
El hombre acusó el salvaje impacto.
Perdió uno» segundos en recuperarse.
Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. El cañón de un revólver le presionaba sobre la yugular.
—¿Cuál es tu nombre? —interrogó Garney, sin dejar de presionar el «Smith ¿i Wesson» sobre el individuo.
—McKelton George McKelton.
—Muy bien, George. ¿Cuántos sois en este lugar?
—Sólo nosotros dos...
El movimiento de Garney fue rápido.
Un trallazo con el cañón del revólver
El punto de mira desgarró la mejilla derecha del llamado McKelton.
—No me mientas, George.
—Es... es la verdad... Los únicos guardianes somos Kirk y yo…
—¿Qué me dices de Williamson? ¿Está aquí?
—Si

—¿Dónde?

—En el sótano... en sus habitaciones privadas.

—Llévame junto a él.

El rostro de McKelton reflejó estupor.

—¿Quieres quieres verle?

—Correcto, George. ¡En marcha!

El individuo comenzó a reír.

—Estás loco, amigo Hall acabará contigo. Sólo el hecho de turbar sus oraciones te sentencia. Hall, antes del amanecer, se dedica a la meditación y

—Cierra la boca, George.

Recorrieron el amplío pasillo que desembocaba en una espaciosa sala donde se alineaban varias filas de butacas frente a un estrado. Sin duda el lugar destinado a las sesiones públicas.

Junto al entablado, una pequeña puerta

McKelton la abrió.

Esta escalera conduce al sótano y...

Walter Garney no le dejó seguir.

Descargó la culata del revólver tras la oreja izquierda del individuo.

Descendió la escalera de caracol.

Con el revólver en la diestra.

La planta subterránea estaba dividida por altos tabiques. Como un laberinto. Cada estancia iluminada por una antorcha. El crepitar de las llamas resonaba con fuerza.

Unos cortinajes rojos destacaban al fondo

Y sobre aquel bermejo terciopelo, un dibujo representando la cabeza de Satán.

Walter Garney avanzó.

Lentamente.

Apartó el cortinaje por su longitudinal abertura vertical, descubriendo la circular sala de techo abovedado

Una rectangular mesa de piedra en el centro. Sobre ella un grial del que rezumaba un viscoso liquido rojo. En uno de los extremos de la piedra un reloj de arena.

En el suelo aparecía dibujado un triángulo negro encerrado en un círculo rojo. En cada uno de los vértices del triángulo un largo cirio encendido.

Y dentro del triángulo, frente al altar, se encontraba Hall Williamson postrado de rodillas Murmurando ininteligibles palabras.

Súbitamente quedó inmóvil.

Con maquinales movimientos se incorporó girando con lentitud

Su macilento rostro se crispo al descubrir la presencia de Garney.

—Maldito seas por toda la eternidad Walter. Condenado sea tu sacrílego atrevimiento ¡Esta es la morada de Shazbet!

—Yo vengo por ti, Hall. En busca de un asesino.

Williamson rió.

La misma carcajada que Garney escuchara en boca de Gladys.

—Tu osadía sólo es comparable a tu ignorancia, Walter. Puede que el mismo Satán haya guiado tus pasos hasta aquí. Si es posible. Empiezas a resultar peligro so. Te catalogué de inmediato. Al igual que a Cyril Bronson Y los hombres que ponen en peligro la secta de «Los Adoradores», deben ser aniquilados. Empezaste con John McEveely

—¿Empezar? Es uno más en una larga lista, Walter. Muertes que jamás serán comprendidas. ¿Puede acaso una muñeca hinchable matar? Yo se la envié a McEveely. Al honrado e integro McEveely que contaminó los últimos minutos de su vida con pensamientos y deseos impuros para mayor gloria de nuestro emperador Lucifer. Con el infernal poder que me ha sido concedido dote de movimiento a aquella muñeca.

—No te creo

—¿De veras?

Williamson hizo un movimiento con la mano derecha.

Un veloz circulo.

Y uno de los cortinajes cayó envolviendo a Garney. Este braceó hasta lograr salir.

Enfrentándose con la satánica risa de Williamson.

—¿Qué dices ahora, Walter?

—Un buen truco —jadeó Garney, con el rostro cubierto de frío sudor Controlando su terror— O puede que no sea un truco. Un faquir, un ilusionista, un mago, un parapsicólogo. Son muchos los que poseen extraordinarios poderes psíquicos. Bilocación, levitación, telequinesia... fenómenos supranormales que, en individuos supersticiosos, son confundidos con el satanismo. Apuesto a que la señora Backus se percató de ello. ¡Y acabaste con ella!

—Te equivocas, Walter. La señora Backus disfrutaba conversando con su amado Bob, que llegaba procedente del Reino de las Tinieblas; pero Esther era extremadamente religiosa Últimamente, mal aconsejada por personas honorables, ya no acudía a las sesiones de espiritismo. Incluso pasó por su estúpida mente el cambiar el testamento y dejarme sin el prometido millón de dólares Su muerte fue divertida Un filme porno.

—Pero Esther Backus vio algo más.

—Seguro. Dominando su mente le hice ver cómo un feroz perro saltaba de la pantalla y la atacaba con sus afilados dientes Murió de terror. Controlada por mi poder. Al igual que Cyril Bronson. Un policía inteligente. Lo comprendí durante su interrogatorio. Era demasiado sagaz.

—Le hipnotizaste. Le obligaste a dirigirse contra el tráiler.

—¿Hipnotizarle? Eso es de principiantes. Walter. Invoqué la presencia del mismísimo Shazbet. El se acomodó en el volante junto a Bronson. Él le condujo a la muerte. El poder de Satán es infinito. ¡Alabado sea Satán!

—Yo estoy aquí. Hall. De poco sirvió que te apoderaras de la infortunada Gladys.

El rostro de Williamson se ensombreció.

—Cierto te has resistido al poder de mi mente... pero ahora será distinto. Estás aquí. A mi merced. Mira ese grial, Walter Repleto de sangre humana. Uno de los habituales sacrificios en honor a Shazbet. Tú serás la siguiente víctima. Tu sangre...

Williamson se interrumpió.

Alertado por voces y precipitados pasos.

Por la escalera de caracol descendieron cuatro policías uniformados. Encabezados por tres hombres de paisano. Uno de ellos era el sargento Murphy. Los tres con el revólver en la mano.

Hall Williamson se precipitó hacia el altar.

—¡Detente, Williamson! —gritó Carl Murphy.

Hall Williamson extendió los brazos.

Con los dedos tensos.

Y los dos individuos de paisano giraron disparando a quemarropa sobre los uniformados policías

—¡Maldita sea! —Exclamó Murphy, estupefacto— ¡Ralph!. ¡Mulligan!... ¿Estáis locos?

Los detectives Ralph y Mulligan desviaron ahora sus humeantes armas hacia el sorprendido sargento

Walter Garney se abalanzó sobre ellos.

En acrobático salto.

Los tres hombres rodaron por el suelo.

Carl Murphy también reaccionó.

De seco puntapié desarmó a uno de ellos El otro era reducido por Garney.

—¡Las esposas, Carl!

Murphy obedeció al instante.

Los detectives Ralph y Mulligan quedaron esposados a uno de los barrotes de la escalera de caracol.

Los tres policías uniformados yacían malheridos.

Murphy extendió la antena de su emisor portátil.

—¡Lewis! ¡Aquí Murphy! Avisa a un par de ambulancias. ¡Pide refuerzos por radio! ¡Mantener controlada la salida!

En la sala circular ya no estaba Hall Williamson.

Había desaparecido.

* * *

Carl Murphy tragó saliva.

—¿Qué significa todo esto, Walter? Mulligan y Ralph son dos de mis mejores hombres. ¿Cómo han podido...?

—No es momento de explicaciones. Carl —Garney estaba tanteando la mesa de piedra—. Williamson es un asesino. Un individuo con infernales poderes Procura mantener tu mente centrada en una idea fija.

—Mi única idea es vengar a Cyril.

—Correcto, Carl Posiblemente eso te hizo inaccesible a Williamson Sólo Ralph y Mulligan obedecieron sus órdenes.

—Pero no

—¡Aquí!

Walter Garney habla dado con un oculto resorte.

La mesa de piedra giró sobre su base abriendo un paso secreto en el suelo.

Una escalera de cuerda.

Garney no dudó en descender por ella.

Seguido de Murphy.

Fue como descender a un lóbrego pozo.

Se encontraron en un estrecho pasillo de terrosas paredes. Conducía a la boca de una cueva, a cuya entrada crepitaban dos antorchas.

—¿Por qué no esperamos los refuerzos, Walter?

Garney apretó con más fuerza la culata del revólver.

—¿Tienes miedo, Carl?

—Sí...

—Yo también, pero tenemos que seguir. Hay que darle caza.

—Cynthia Lloyd telefoneó al Departamento. Dijo que tú estabas en peligro. Que ibas a enfrentarte con Williamson

—Buena chica.

—Dijo algo más, Walter. Aseguró que Williamson es un

El sargento enmudeció ante la súbita aparición de Hall Williamson.

Se detuvo a la boca de la cueva.

—¡Dispara, Carl! —Gritó Garney apretando el gatillo—. ¡Dispara!

Williamson saltó ágil hacia el interior de la gruta

Seguido en veloz carrera por Garney y Murphy.

En aquella caverna se amontonaban libros y viejos pergaminos enmohecidos, cráneos, cuerpos momificados, extraños mapas y dibujos con signos cabalísticos, recipientes conteniendo viscosos líquidos.

Hall Williamson había rociado todo aquello con gasolina.

Prendió fuego.

Las llamas se extendieron con rapidez cortando el paso a Garney y Murphy.

—¡Mi maldición os acompañará eternamente! —Vociferó Williamson—. ¡Las fuerzas del Averno no os proporcionarán un segundo de reposo! Yo volveré. Volveré para reconstruir «Los Adoradores». Todo lo que ahora es devorado por el fuego renacerá de las cenizas ¡Volveré!

Hall Williamson avanzó hacia el fondo de la gruta

El único paso aún no presa de las llamas.

Fue entonces cuando Garney atrapó una de las antorchas de la entrada.

Y la arrojó con fuerza sobre aquel único paso.

Encerrando a Hall Williamson en un círculo de fuego

Williamson se percató de ello.

Empezó a rugir profiriendo infrahumanos sonidos. El fuego le iba cercando. Prendió en su roja capa.

—¡Shazbet! ¡Ayúdame, Shazbet! ¡A mí, Lucifer!

Uno de los recipientes estalló. A aquella explosión sucedieron otras. Un azulado humo se extendió rápida mente a la vez que un penetrante olor a azufre flotaba en el aire.

Parte del techo se derrumbó.

—¡Pronto, Walter!... ¡Salgamos de aquí!

Garney pugnaba por ver entre aquella humareda.

Los espeluznantes alaridos de Williamson eran ahora aterradores.

—Quiero verle... quiero ver como...

—¡Esto va a sallar por los aires! —El sargento empujó a Carney—. ¡Salgamos de aquí!

Llegaron hasta la escalera de cuerda.

Justo en el momento en que unos policías asomaban por la entrada secreta. Ayudaron a Murphy.

—¡Maldita sea, Walter! —Gritó el sargento— ¿A qué esperas? ¡Puede haber más explosiones!

Garney estaba ya con un pie en la escalera.

Con la mirada fija en la cueva, ahora convertida en una gigantesca boca de luego.

Hall Williamson ya había cesado de gritar.

EPILOGO

La muchacha acudió al sofá acomodándose junto a Garney.

—¿Qué te ocurre, Walter? ¿Problemas con la policía?

—Oh, no... En absoluto. Ha sido algo sorprendente. Ninguna investigación. Ninguna nota oficial. Se ha echado tierra al asunto. Ni tan siquiera una reprimenda por lo ocurrido en el apartamento de Gladys. ¡Aquí no ha pasado nada!

—¿Qué pueden decir a la Prensa, Walter? ¿Cómo redactar una nota oficial con lo sucedido? Ya te lo advertí. Muchos casos son silenciados para no sembrar el terror.

—La policía me estaba buscando por lo ocurrido a Gladys De no vivir el sargento Murphy los acontecimientos en el templo me habrían acusado de homicidio. ¡Y ahora incluso me han dado amistosas palmadas en la espalda!

—También tú has guardado silencio, Walter. Ayer salió Black Jack. No mencionas lo ocurrido

Garney hizo una mueca.

—Tengo que recapacitar sobre ello. No considero la historia terminada.

—¿Qué quieres decir?

—Todo en el templo de «Los Adoradores», ha sido pasto de las llamas. No se encontró el cadáver de Williamson.

—Quedó calcinado.

—¿De veras? ¿Hasta el extremo de no aparecer rastro de él? Si tenía pacto con el diablo... Le encerraste en un círculo de fuego, ¿no es cierto?

—Sí, pero según tú, tenía que haber formulado cierto conjuro que...

—Olvida eso. Walter.

—Quiero saber la verdad, Cynthia. ¿Pudo escapar de allí?

La muchacha dudó.

Su voz sonó temblorosa:

—La demonología es complemento de la teología y la teodicea. Un estudio científico y razonado de la existencia y naturaleza de los demonios. Un estudio hecho por el hombre. ¿Puede el hombre adentrarse en los misterios del Averno? No, Walter. Sus razonamientos se confunden. Hay infinidad de teorías. Unas contrarias a otras. Es imposible conocer la verdad. Y tal vez sea mejor así. ¿Sabes una cosa? He decidido abandonar la idea de mi libro.

—¿Por qué?

—Es un tema demasiado peligroso. Tengo miedo.

—Tu padre llega mañana, ¿verdad?

—Sí.

—Puede que escriba la historia de Hall Williamson —comentó Garney reclinándose en el sofá—; pero no para Black Jack. He recibido la oferta de una editorial. Diez mil dólares por el original.

Cynthia parpadeó.

—No... no serás capaz.

—Apuesto a que tu padre me permitirá echar un vistazo a sus libros. Voy a escribirlo todo, Cynthia. Si el satanismo existe, es necesario darlo a conocer, desenmascararlo, combatirlo...

La muchacha ahogó un suspiro.

—De acuerdo, Walter. Te ayudaré. ¿Cuándo empezamos?

Los dos rieron.

Sí.

Pronto empezarían a escribir sobre los alucinantes crímenes y actividades de Hall Williamson Un argumento peligroso.

El que lograran o no terminar el libro es otra historia.

FIN